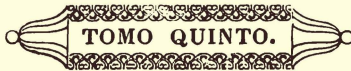


AMALIA.

POR

JOSÉ MÁRMOL.

SEGUNDA EDICION.

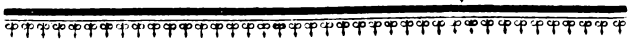


BUENOS AIRES.

IMPRESA AMERICANA, STA. CLARA NUM. 62.

1866.

AMALIA.



CAPITULO XII.

De como se léen cosas que no están escritas.



N la mañana siguiente á la noche en qué ocurrieron los sucesos que acaban de conocerse; es decir, en la mañana del 6 de Agosto, la casa del dictador estaba invadida

de una multitud de correos de la campaña que se sucedian sin interrupcion.

A ninguno de ellos se le detenía en la *oficina*. El jeneral Corvalan tenía orden de hacer entrar á todos al despacho de Rosas. Y el edecan de Su Excelencia, con la faja á la barriga, las charreteras á la espalda y el espadin entre las piernas, iba y venía por el gran patio de la casa, cayéndose de sueño y de cansancio.

La fisonomía del dictador, sombría estaba como la noche lóbrega de su alma. El leía los partes de sus autoridades de campaña, en que le anunciaban el desembarco del jeneral Lavalle, los hacendados que pasaban á encontrarlo con sus caballadas &a., y daba las órdenes que creía convenientes para la campaña, para su acampamento jeneral de Santos Lugares, y para la ciudad. Pero la desconfianza, esa víbora roedora en el corazón de los tiranos, infiltraba la incertidumbre y el miedo en todas sus disposiciones, en todos los minutos que rodaban sobre su vida.

Espedia una orden para que el jeneral Pacheco se replegase al Sur; y media hora despues hacia alcanzar al chasque, y volaba una orden contraria.

Ordenaba que Maza marchase con su batallon

á reforzar á Pacheco; y diez minutos despues ordenaba que Maza se dispusiese á marchar con toda la artilleria á Santos Lugares.

Nombraba jefes de dia para el comando interior de las fuerzas de la ciudad; y cada nombramiento era borrado y sustituido veinte veces en el trascurso de un dia;—todo era así.

Su pobre hija, que habia pasado en vela toda la noche, se asomaba de cuando en cuando al gabinete de su padre, á ver si adivinaba en su fisonomía algun suceso feliz que lo despejase del mal humor que le dominaba despues de tantas horas.

Viguá habia asomado dos veces su deforme cabeza por la puerta del gabinete que daba al cuarto contiguo al angosto pasadizo que cortaba el muro, á la derecha del zaguan de la casa; y el bufon de Su Excelencia habia conocido en la cara de los escribientes, que ese nó era dia de farsas con el amo; y se contentaba con estar sentado en el suelo del pasadizo, comiéndose los granos de maiz que saltaban hasta él del gran mortero en que la mulata cocinera del dictador machacaba el que habia de servir para la *mazamorra*: que era de vez en cuando uno de los manjares esquisi-

tos con que regalaba el voráz apetito de su amo.

Rosas escribía una carta, y los escribientes muchas otras, cuando entró Corvalan, y dijo:

—Su Excelencia quiere recibir al Señor Mandeville?

—Sí, qué entre.

Un minuto despues el ministro de Su Majestad Británica, entró haciendo profundas reverencias al dictador de Buenos Aires, que sin cuidarse de responder á ellas, se levantó y le dijo:

—Venga por acá,—pasando del gabinete á su alcoba.

Sentóse Rosas en su cama, y Mandeville en una silla á su izquierda.

—La salud de Vuestra Excelencia está buena? —le preguntó el ministro.

—No estoy para salud, Señor Mandeville.

—Sin embargo, es lo mas importante,—contestó el diplomático pasando la mano por la felpa de su sombrero.

—No, Señor Mandeville, lo mas importante es que los gobiernos y sus ministros cumplan lo que prometen.

—Sin duda.

—Sin duda? Pues su gobierno y usted, y usted y su gobierno, no han hecho sinó mentir y comprometer mi causa.

—Oh, Excelentísimo Señor, eso es muy fuerte!

—Eso es lo que usted merece, Señor Mandeville.

—Yo?

—Sí, Señor, usted. Hace año y medio que me está usted prometiendo, á nombre de su gobierno, mediar ó intervenir en esta maldita cuestion de los franceses. Y es su gobierno, ó usted el que me ha engañado.

—Excelentísimo Señor; yo he mostrado á Vuestra Excelencia los oficios orijinales de mi gobierno

—Entonces será su gobierno el que ha mentido. Lo cierto es que ustedes no han hecho un diablo por mi causa; y que por culpa de los franceses hoy está Lavalle á veinte leguas de aquí, y toda la República en armas contra mi gobierno.

—Oh, es inaudita la conducta de los franceses!

—No sea usted zonzo. Los franceses hacen lo que deben, porque están en guerra conmigo. Son ustedes los ingleses los que me han hecho traicion. ¿Para qué son enemigos de los franceses? ¿Para

qué tienen tanto barco y tanta plata, si cuando llega el caso de proteger un amigo, les tienen miedo?

—Miedo no, Excelentísimo Señor; es que la conveniencia de la paz europea; los principios del equilibrio continental. . . .

—Qué equilibrio, ni qué diablos. Usted y sus paisanos pierden á menudo el equilibrio y nadie les dice nada. Traicion y nada mas que traicion porque todos son unos; ó quizá porque usted y todos sus paisanos son tambien unitarios como los franceses.

—Eso no, eso no, Excelentísimo Señor. Yo soy un leal amigo de Vuecelencia y de su causa. Y la prueba de ello la tiene Vuecelencia en mi conducta.

—En qué conducta, Señor Mandeville?

—En mi conducta de ahora mismo.

—Y qué hay ahora mismo?

—Ahora mismo estoy acá para ofrecer á Vuecelencia mis servicios personales en cuanto quisiera ocuparme.

—Y qué haria usted si llegase el caso en que yo me viese perdido?

—Haria desembarcar fuerza de los buques de Su Majestad para venir á proteger la persona de Vuecelencia y su familia.

—Bah! Y usted crée que los treinta ó cuarenta ingleses que bajasen, habrian de ser respetados por el pueblo si se levantase contra mí?

—Pero si no fueran respetados, las consecuencias serian terribles.

—Sí! y á mí me habria de importar mucho que los ingleses bombardeasen la ciudad despues que me hubiesen fusilado! Así no se protejen los amigos, Señor Mandeville.

—Sin embargo....

—Sin embargo, si yo fuera ministro ingles; si fuera Mandeville, y usted Juan Manuel Rosas, lo que yo haria seria tener una ballenera á todas horas á la orilla del bajo de la casa en que viviera, para cuando mi amigo Rosas llegase á ella, poder embarcarlo con facilidad.

—Oh, bien, bien, así lo haré.

—No, si yo no le digo que lo haga. Yo no necesito á ustedes para nada. Yo digo lo que haria en lugar de usted.

—Bien, Excelentísimo Señor. Los amigos de

Vuecelencia velarán por su seguridad, mientras el jénio y el valor de Vuecelencia velan por los destinos de este hermoso pais, y de la causa tan justa que sostiene. Vuecelencia ¿ha tenido noticias de las provincias del interior?

—Y qué me importan las provincias, Señor Mandeville?

—Sin embargo, los sucesos en ellas. . . .

—Los sucesos en ellas no me importan un diablo. Usted crée que si yo venzo á Lavalle y lo echo derrotado á las Provincias, tengo mucho que temer de los unitarios que se han levantado allá?

—Que temer, no; pero la prolongacion de la guerra!

—Es lo que me daría el triunfo, Señor Mandeville; contra mi sistema no hay mas peligros que los inmediatos á mi persona; pero los que están lejanos y duran mucho, esos me hacen bien, lejos de hacerme mal.

—Vuecelencia es un jénio.

—A lo menos valgo mas que los diplomáticos de Europa. ¡Pobre de la Federacion si hubiera de ser defendida por hombres como ustedes!

¡ Usted sabe por qué á los unitarios se los llevó el diablo ?

—Creo que sí, Excelentísimo Señor.

—No, Señor, no sabe.

—Puede que esté equivocado.

—Sí, Señor, lo está. Se los llevó el diablo porque se habian hecho franceses é ingleses.

—Ah, las guerras locales !

—Las guerras nuestras, diga usted.

—Pues, las guerras americanas.

—No, las guerras arjentinas.

—Pues, las guerras arjentinas.

—Esas requieren hombres como yó.

—Indudablemente.

—Si yo venzo á Lavalle aquí, me rio de todo el resto de la República.

—Vuestra Excelencia sabe que el jeneral Paz ha marchado para Corrientes ?

—No vé ? no vé si son zonzos los unitarios ?

—Cierto, el jeneral Paz no hará nada.

—No, no es que no hará nada. Puede hacer mucho. Son zonzos por otra cosa. Son zonzos porque uno se vá por un lado, otro se vá por otro, y están todos divididos y peleados, en vez de jun-

tarse todos y venírseme encima como lo ha hecho Lavallo.

—Es la Providencia, Excelentísimo Señor.

—O el diablo. Pero usted quiso decirme algo de las provincias.

—Es verdad, Excelentísimo Señor.

—Y qué hay?

—Vuestra Excelencia no puede perder su tiempo en esas cosas.

—Pero en qué cosas, Señor Mandeville?

—Vuestra Excelencia no ha tenido noticias de La-Madrid, ni de Brizuela?

—Son viejas las que tengo.

—Yo he recibido algunas por Montevideo.

—Cuando?

—Anoche.

—Y viene usted á las doce del día á decírmelo?

—No, Señor. Son las diez.

—Bueno, las diez.

—Yo siempre soy perezoso para lo que no dice relacion con la prosperidad de Vuestra Excelencia.

—Luego, son malas las noticias?

—Exajeraciones de los unitarios.

—Y qué hay? Acabe usted—dijo Rosas con una inquietud malísimamente disimulada en su semblante.

--En mi correspondencia particular se me dice lo siguiente,—dijo Mandeville sacando unos papeles de su bolsillo.

—Pero antes ¿quiere Vuestra Excelencia que lea?—agregó.

—Lea, lea.

El Señor Mandeville leyó:

“A principios de Julio el general La-Madrid pisó el territorio de Córdoba.

“Una carta datada el 9 de Julio, en Córdoba, dá el siguiente resúmen de las operaciones del ejército de los unitarios:

“Madrid viene á la cabeza de tres mil quinientos hombres y diez piezas de artillería.

“El coronel Acha á la cabeza de nueve cientos catamarqueños ha campado en la *Loma Blanca*, estancia del finado Reynafé; limítrofe con Cata-marca.

“El coronel Casanova se ha alzado con las milicias del Rio-Seco y el Chañar.

“El coronel Sosa con los coraceros de San-

ta Catalina, ha hecho igual movimiento.”

—Hasta aquí lo que hay en la carta relativo á las provincias.

—No es poco. Pero están muy lejos,—contestó Rosas, á quien en efecto los sucesos de las provincias inquietaban poco, por cuanto tenia á sus puertas un peligro mayor en esos momentos.

—Oh, muy lejos!—contestó el Señor Mandeville.

—Y qué mas le escriben á usted?

—Me adjuntan esta proclama de Brizuela.

—A ver, léala.

DIOS Y LIBERTAD!

El Gobernador y Capitan Jeneral de la Provincia de la Rioja, Brigadier D. T. Brizuela á sus compatriotas.

“Hermanos y compatriotas!—Las heróicas provincias de Tucuman, Salta, Jujú y Catamarca irritadas con la presencia de los males que el tirano de Buenos Aires hace pesar sobre la República entera, y queriendo preservarla para siempre de las perfidias y asechanzas de aquel, han levantado

su tremenda voz, y dicho: Viva la libertad argentina! muera el usurpador Rosas! Este grito tan análogo al corazón de los riojanos fué la chispa eléctrica que los inflamó, y el 5 del corriente mes de América, por el órgano de sus RR. respondieron y han jurado no permitir que los malvados osen poner su inmunda planta sobre el altar santo de la Patria.

“Compatriotas!—El usurpador D. J. M. Rosas, allá en el sangriento laboratorio de una alma depravada, tenia decretado el esterminio de la República: todas las provincias debian ser convertidas en hordas de salvajes habitantes del desierto. Los campeones de la libertad: los que dieron patria á tantos pueblos con su espada y su saber: los que hicieron clásica la tierra del Sol, presentarian un espectáculo admirable al mundo viejo, por la perfidia del tirano Rosas quedarian errantes y sin término; y donde sobran recursos á las fieras y á las aves de rapiña, nuestros valientes, sus esposas y sus hijos, no encontrarian un solo árbol que les consolase con su sombra. Entretanto, volved la vista hácia el tirano: él rie cuando la naturaleza y la humanidad lloran á su lado.

Él duerme tranquilo cuando la injusticia y el puñal alevoso le hacen la centinela; él por fin se divierte y entretiene creando escarapelas y divisas de la sangre misma que hace verter. Esta pintura es horrible pero exacta.

“Paisanos:—No permitamos que el Sol de América, su Dios en otro tiempo, desde su alto zenít nos diga: “dejad esa tierra que no debeis pisar, no merecis que os alumbre: los sepulcros que ha mas de tres cientos años abristeis son mas dignos que vosotros de mi claridad y esplendor.” Amigos: no, no es posible; hagamos por no merecer tan humillante como justa reconvencion; principiemos por ser libres, abramos las puertas á todos los desgraciados, enjuguemos las lágrimas de tantas madres y esposas abandonadas á la horfandad y miseria, consolémoslas en su amargo llanto; pero enristremos nuestras lanzas contra los desnaturalizados que intentan sofocar en nuestro corazon, tan dulce sentimiento. No confiemos mas la suerte de nuestra Patria á los caprichos y venganzas de un hombre solo; carguemos sobre nuestros propios hombros el peso grave de nuestros destinos. Nos falta mucho es verdad, pero sabed que

la sinceridad y la buena fé son preferibles á las letras dolosas y á la filosofía armada: premunidos con aquellas cualidades arrojémonos á plantear el árbol santo de la Libertad, garantida por una Constitucion, ante la cual, el grande, el pequeño, el fuerte, el débil, queden asegurados en sus derechos y propiedades.

“Tales son los votos que animan á vuestro compatriota y amigo.

“TOMAS BRIZUELA.

“Está conforme—*Ersilvengoa.*”

—Bah, palabras bonitas de los unitarios!

—Oh, nada mas!—contestó el dócil ministro de la Gran Bretaña.

—Sabe algo mas?

—La anarquía entre Rivera y los emigrados argentinos; entre Rivera y Lavalle; entre los amigos del gobierno delegado y Rivera, y entre todo el jénero humano continúa haciendo prodijios en la República vecina.

—Ya lo sé ¿y de Europa?

—De Europa?

—Sí, no hablo en griego.

—Creo, Excelentísimo Señor, que la cuestion de Oriente se ha complicado mas, y que las oficinas del gobierno de mi Soberana darán una pronta y feliz solucion á la injusta cuestion promovida por los franceses al gobierno de Vuecelencia.

—Eso mismo me decia usted hace un año.

—Pero ahora tengo datos positivos.

—Los de siempre.

—La cuestion de Oriente. . . .

—No me hable mas de eso, Señor Mandeville.

—Bien, Excelentísimo Señor.

—Que se los lleve el diablo á todos, es lo que yo deseo.

—Los negocios están muy gravemente complicados.

—Sí, está bueno ¿y no sabe mas?

—Por ahora nada mas, Excelentísimo Señor. Espero el paquete.

—Entonces usted me dispensará porque tengo que hacer,—dijo Rosas levántandose.

—Ni un minuto quiero que pierda Vuecelencia su precioso tiempo.

—Sí, Señor Mandeville, tengo mucho que ha-

cer, porque mis amigos no me saben ayudar en nada.

Y Rosas salió del cuarto llevando en pos de sí al Señor Mandeville, mas débil y sumiso y humillado que el último lacayo de la federación de entonces.

Mas por un efecto de distracción que por civilidad, Rosas acompañó al ministro hasta la puerta de su anti-gabinete, que daba al pasadizo, en cuya encontraron á Manuela dando órdenes á la mulata cocinera que continuaba en su faena del maiz.

Se deshacia Mandeville en cortesías y cumplimientos á la hija del Restaurador, cuando Rosas por una de esas súbitas inspiraciones de su carácter, mitad tigre y mitad zorro, mitad trájico y mitad cómico, con los ojos y con las manos hacia violentas señas á su hija, que con trabajo pudo al fin comprender la pantomima de su padre.

Pero la perplejidad quedó pintada en el semblante de la jóven cuando comprendió lo que se le ordenaba hacer; no sabiendo, ni lo que contestaba al Señor Mandeville, ni si debía ó no ejecutar la voluntad de su padre. Una mirada de él, sin embargo, amilanó el espíritu domeñado de Ma-

nuela; y esta primera víctima de su padre tomó de manos de la mulata la maza con que machacaba el maiz, y, enrojecido su semblante y trémulas sus manos, continuó en el mortero la operacion de la criada.

—Usted sabe para que es ese maiz que pisa mi hija, Señor Mandeville?

—No, Excelentísimo Señor,—respondió el ministro paseando sus ojos alternativamente de Manuela á su padre, y de la cocinera á Viguá sentado al pié del mortero.

—Eso es para hacer masamorra,—dijo Rosas.

—Ah!

—Usted no ha comido masamorra?

—No, Excelentísimo Señor.

—Pero esta muchacha no tiene fuerzas. Toda la mañana se lo ha llevado en eso, y el maiz todavía está entero. Mírela, ya no puede de cansada. Vaya! levántese su Reverencia, padre Viguá, y ayude un poco á Manuela, porque el Señor Mandeville tiene las manos muy delicadas, y es ministro.

—Oh, no, Señor Gobernador! Yo ayudaré con mucho gusto á la Señorita Manuelita,—dijo Man-

deville acercándose al mortero y tomando la maza de manos de Manuela, que á una seña de su padre se la entregó sin vacilar, comprendiendo entonces la idea que habia tenido, y sonriendo de ella.

El ministro de Su Majestad Británica Caballero Mandeville, se dobló los puños de batista de su camisa, y empezó á machacar el maiz á grandes golpes.

—Así; nadie diria que es ingles, sino criollo; asi se pisa ¿ves, Manuela? Aprende,—decia Rosas, saltándole el alma y la risa en el cuerpo.

—Oh! es una ocupacion muy fuerte para una Señorita!—esclamó el Señor Mandeville, siempre machacando y haciendo saltar una lluvia de fragmentos de maiz sobre el padre Viguá que se los devoraba con mucho gusto.

—Mas fuerte, Señor Mandeville, mas fuerte. Si el maiz no se quiebra bien, la masamorra sale muy dura.

Y el ministro plenipotenciario y enviado extraordinario de Su Majestad la Reina del Reino Unido de la Gran Bretaña é Irlanda, continuaba machacando el maiz para la masamorra del dictador arjentino.

—Tatita!

Rosas le tiró el vestido á su hija para que callase y prosiguió:

—Si se cansa deje no mas.

—Oh, no, Señor Gobernador no!—le contestó Mandeville dando cada vez mas fuerte, y empezando á sudar por todos sus poros.

—A ver? Espérese un poquito,—dijo Rosas acercándose al mortero y revolviendo los granos con su mano.—Ya está bueno;—prosiguió despues de ecsaminar el maiz,—esto es saber hacer las cosas.

Y á tiempo de concluir esas palabras, Doña María Josefa Ezcurra apareció en la escena.

—Le parece bien á Vuecelencia?—preguntó Mandeville desdoblándose sus puñitos de batista; despues de haber saludado á la recien venida.

—Muy bueno está, Señor ministro. Manuela, acompaña al Señor Mandeville, ó llévalo á la sala si quiere. Conque, hasta siempre, mi amigo. Estoy muy ocupado, como usted sabe, pero yo siempre soy su amigo.

—Tengo mucho honor en creerlo así, Excelentísimo Señor, y yo no olvidaré lo que Vuecelencia

haria en mi lugar, si yo estuviera en lugar de Vuceleñcia,—dijo el ministro marcando sus palabras para recordar á Rosas que tenia presente su proyecto de la ballenera.

—Haga usted lo que quiera. Buenos dias.

Y Rosas se volvió á su gabinete acompañado de su cuñada, mientras el Señor Mandeville daba el brazo á Manuela y pasaba con ella al gran salon de la casa.

—Buenas noticias. Le dijo Doña María Josefa al entrar.

—De quién.

—De aquella ánima que se nos había escapado el 4 de Mayo.

—Lo han agarrado?—preguntó Rosas resplandeciéndole los ojos.

—No.

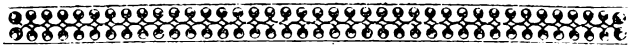
—No?

—Pero lo agarraremos. Cuitiño es un bruto.

—Pero donde está.

—A sentarnos primero,—dijo la vieja, pasando con Rosas, del gabinete á la alcoba.





CAPITULO XIII.

Como sacamos en limpio que D. Cándido Rodriguez se parecia á D. Juan Manuel Rosas.



N esa misma mañana en que su Señoría el Señor ministro plenipotenciario de Su Majestad Británica, machacaba el maiz para la masamorra de Rosas, nuestro antiguo amigo Don Cándido Rodriguez, se paseaba en el largo zaguan de su casa, cerca de la Plaza Nueva,

metido entre un sobretodo color pasa que lo habia acompañado en sus sustos del año de 1820 ; con un gorro blanco metido hasta las orejas ; dos grandes hojas de naranjo pegadas con sebo en las sienes ; unos viejos zapatos de paño que le servian de pantuflas, y las manos en los bolsillos del sobretodo.

Lo irregular de su paso ; las ojeras que bordaban sus párpados, y las jesticulaciones repentinas en su fisonomía, daban á entender que habia pasado mala noche, y que se hallaba en momentos de un diálago elocuente consigo mismo.

Dos golpes dados á la puerta lo pararon súbitamente en sus paseos.

Se acercó á ella, miró por la boca-llave antes de preguntar quien era, y no viendo sinó el pecho de una persona, se atrevió á interrogar con una voz notablemente trémula :

—Quién es ?

—Soy yo, mi querido maestro.

—Daniel ?

—Sí, Daniel, abra usted.

—Que abra ?

—Sí, con todos los santos del Cielo, eso es lo que he dicho.

—Eres tú, en efecto, Daniel ?

—Creo que sí, hágame usted el favor de abrir y me verá.

—Oye : pon tu cara en línea recta, horizontal con el ojo de la llave, pero separada á una tercia ó media vara de él, para que yo pueda dirigir mi visual y conocerte.

Daniel tuvo intencion de dar una patada en la puerta y hacer saltar el picaporte, pero no pasó de intencion y tuvo que hacer lo que su intransijible maestro le ordenaba.

—Ah ! eres tú, en efecto!—dijo Don Cándido, y abrió la puerta.

—Sí, Señor, yo soy ; yo que tengo demasiada paciencia con usted.

—Espera, detente Daniel, no sigas mas adelante,—esclamó Don Cándido tomando la mano á su discípulo.

—Qué diablos significa esto, Señor Don Cándido ? ¿ Por qué no puedo seguir mas adelante ?

—Porque quiero que entres aquí á este cuarto de Nicolasa,—respondió Don Cándido señalando la puerta de una habitacion que daba al zaguan.

—Ante todas cosas ¿ ha sucedido algo ?

—Nada, pero ven al cuarto de Nicolasa.

—Es usted el que vá á hablarme ahí?

—Yo, yo mismo.

—Malo.

—Cosas muy sérias.

—Peor.

—Ven, Daniel.

—Con una condicion.

—Impon, ordena.

—Que la conversacion no pasará de dos ó tres minutos.

—Ven, Daniel.

—Acepta usted?

—Acepto, ven.

—Vamos allá.

Y Daniel llevado por la mano de su antiguo maestro entró al cuarto de la provinciana sirvienta de él, y sentóse sobre una vieja silla de baqueta.

Don Cándido se paró á su lado y estendiendo el brazo le dijo :

—Tómame el pulso, Daniel.

—Yo?

—Sí, tú.

—Y qué diablo quiere usted que haga yo con su pulso?

—Ver la fiebre que me devora, que me consume, que me abrasa desde anoche. ¿Qué quieres hacer de mí, Daniel? ¿Qué hombre es este que has metido en mi casa?

—Ahora salimos con esas! ¿No lo conoce usted yá?

—Lo conocí de niño, como te conocí á tí y á tantos otros, cuando era infante, tierno é inocente como todos los niños. ¿Pero sé yo acaso cual es su vida actual, cuales sus opiniones, cuales sus compromisos? ¿Puedo creer que es un inocente, cuando me lo traes entre el lóbrego misterio de la noche, y cuando me ordenas que nadie lo vea y que á nadie hable de este asunto? ¿Puedo creer que es un amigo del gobierno, cuando lo veo sin una sola de las divisas federales, y con una corbata blanca y celeste? ¿No debo deducir de todo esto, por una lógica concluyente, que aquí hay alguna intriga política, alguna conspiracion, algun complót, alguna revolucion en que yo estoy tomando parte sin saberlo y sin quererlo; yo un hombre pacífico, tranquilo y sosegado; yo que

por mi grave y circunspecta posición actual como secretario de Su Excelencia el Señor ministro Arana, que es un hombre excelente como su Señora y toda su respetabilísima familia y hasta sus criados, debo ser por fuerza, por necesidad, circunspecto y leal á mis deberes oficiales? Te parece.....?

—Me parece que usted ha perdido el juicio, Señor Don Cándido, y como yo no quiero perder el mio, ni perder mi tiempo, bueno será que demos por concluida nuestra conferencia, y me permita usted pasar á ver á Eduardo.

—Pero hasta cuando vá á estar en mi casa?

—Hasta que Dios quiera.

—Pero eso no puede ser.

—Eso será, sin embargo.

—Daniel!

—Señor Don Cándido, mi distinguido maestro, recapitulemos en dos palabras la posición de todos.

—Sí, recapitulemos.

—Oigame usted: para escudarse de los peligros que la federación le pudiera hacer correr á usted en la época actual, lo he colocado de

secretario privado del Señor Arana ¿no es cierto?

—Exactamente.

—Bien, pues; el Señor Arana y todos sus secretarios, es muy probable que sean colgados de un día á otro, no por orden de las autoridades, sino por orden del pueblo que puede levantarse contra Rosas de un momento á otro.

—Oh!—esclamó Don Cándido, abriendo tamaños ojos.

—Colgados, sí, Señor,—repitió Daniel.

—Los secretarios tambien?

—Tambien.

—Sin ser por equivocacion?

—Sin ser por equivocacion.

—Es espantoso!

—Los secretarios junto con el ministro.

—De manera, que si dejo mi empleo de secretario, la Mashorca me degüella; y si no lo dejo, el pueblo me ahorca; y todavía, en cualquiera de los dos casos, me puede suceder una desgracia por equivocacion.

—Ecsactamente, eso si és lójica.

—Lójica de los infiernos, Daniel. lójica que me vá á costar la vida, por tu causa!

—No, Señor, nó le costará á usted nada, si usted hace cuanto yo quiero.

—Y qué he de hacer? habla.

—Voy á ponerle á usted el dilema en otro sentido: estamos en el momento de crisis; en ella, ó Rosas ha de triunfar de Lavalle, ó Lavalle de Rosas, no es así?

—Cierto, así és.

—Bien pues: en el primer caso, usted tiene en Don Felipe Arana un apoyo para continuar en su próspera fortuna: y en el segundo, usted tiene en Eduardo la mejor tijera para cortar la soga del pueblo.

—En Eduardo?

—Sí; y no hay mas qué hablar sobre esto, ni repetirlo.

—De modo que....

—De modo que usted tiene que guardar á Eduardo en su casa hasta que yo determine.

—Pero....

—Otro hombre menos jeneroso que yo, compraría el secreto de usted, diciéndole: Señor Don Cándido, muy buena está la orden del ejército de Lavalle que me ha dado usted anoche copiada

de su puño y letra, y á la menor indiscrecion suya, ese documento irá á manos de Rosas, Señor Don Cándido.....

—Basta, basta, Daniel !

—Bien, basta. ¿Entonces estamos de acuerdo ?

—De acuerdo. ¡ Oh Dios mio, yo estoy como Rosas ; soy igual á él en organizacion, está visto !—esclamó Don Cándido paseándose precipitadamente por el cuarto de Nicolasa, y apretándose contra las sienas los parches de naranjo.

—Que usted es igual á Rosas en organizacion ?

—Sí, Daniel, idéntico.

—Diablo ! ¿ Me hace usted el favor de esplicarme eso, Señor Don Cándido ? Porque si es así, entre Eduardo y yo podriamos hacer ahora mismo un gran servicio á la humanidad.

—Sí, Daniel, igual, igual,—dijo Don Cándido sin comprender la burla de Daniel.

—Pero igual en qué.

—En que tengo miedo, Daniel ; miedo de cuanto me rodea.

—Hola ! ¿ Y usted sabe que el Señor Gobernador tiene miedo ?

—Sí, lo sé. Ayer á la oracion mientras yo es-

cribia; es decir, mientras sacaba cópias de los documentos que te enseñé mas tarde; porque siguiendo tus órdenes, saco siempre una copia de mas, el Señor Ministro conversaba muy quedito con el Señor Garrigós y ¿sabes lo que le decia?

—Si usted no me lo dice, no creo que podré adivinarlo.

—Le decia que el Señor Gobernador habia hecho poner á bordo de la *Acteon*, cuatro cajones de onzas; y que estaba viendo el momento en que Su Excelencia se embarcaba porque tiene *miedo de la situacion que le rodea*.

—Hola!

—Esas son las palabras textuales del Señor Ministro.

—Diablo!

—Y eso es lo mismo que siento yo: *miedo de la situacion que me rodea*.

—Tambien, eh?

—Tambien, sí. Y es por eso que he dicho que me parezco á Su Excelencia, porque es muy explicativo, muy elocuente, muy terminante, el que en unos mismos momentos él y yo sintamos unas mismas impresiones.

—Cierto,—dijo Daniel pensando en las palabras de Don Cándido.

—Y ese fenómeno no tendría lugar si él y yo no tuviésemos organizaciones idénticas, iguales, igualmente impresionables.

—Conque, cuatro cajones de onzas, á bordo de la *Acteon*?

—Cuatro cajones.

—Y que tiene miedo?

—Miedo, eso fué lo que dijo.

—Y el Señor Arana no dijo alguna cosa relativa á él?

—Claro está que dijo, porque el Señor ministro tiene una lógica tan concluyente como la mia: “Es preciso que pensemos tambien en nosotros, amigo mio, le dijo á Garrigós. Nosotros no hemos hecho mal á nadie; al contrario, hemos hecho todo el bien que hemos podido; pero será bueno que tratemos de embarcarnos inmediatamente que el Señor Gobernador lo haga.” Y esto es lógico Daniel; así como yo digo, que si siento que el ministro se embarca, me embarco yo, aunque sea por el Riachuelo, y para ir á la Isla de Casajema.

—Y Garrigós dijo algo?

—Fué de distinta opinion.

—Opinaba el quedarse?

—Nó: trató de demostrar á Don Felipe, al Señor ministro quise decir, que lo mas prudente era no esperar á que el Gobernador se embarcase, en el caso que la situacion se fuera haciendo mas peligrosa. Pero á lo último continuaron hablando tan despacio que no pude oir mas.

—Sin embargo, es preciso que otra vez tenga usted los oidos mas abiertos.

—Estás incomodado, mi querido y estimado Daniel?

—No, Señor, no. Pero así como yo lleno á usted de garantias presentes y futuras, quiero de usted circunspeccion y servicios activos.

—Cuanto yo pueda, Daniel. ¿Pero créés que no corro peligro actualmente?

—Ninguno.

—Eduardo estará muchos dias aquí?

—Tiene usted una completa confianza en Nicolasa?

—Como de mí mismo. Odia á toda esta jente desde que le mataron á su hijo, á su bueno, á su leal, á su tierno hijo; y desde que ha sospechado

que Eduardo está escondido, lo sirve con mas prolijidad que á mí, con mas esmero, con mas puntualidad, con.

—Vamos á ver á Eduardo, Señor Don Cándido.

—Vamos, mi querido y estimado Daniel; está en mi gabinete.



CAPITULO XIV.

Los dos amigos.



AMOS, peto hasta la puerta del gabinete solamente, porque yo soy el médico del alma de ese hombre, y sabe usted que los médicos tienen siempre que hablar so-

los con sus enfermos.

—Ah, Daniel!

—Qué hay, Señor?

—Nada, entra; pasa adelante; yo me voy á la sala,—dijo Don Cándido al entrar Daniel al lugar clasificado de gabinete, y volviendo sobre sus pasos.

—Buen dia, mi querido Eduardo,—dijo Daniel á su amigo sentado en la vieja poltrona de Don Cándido, delante á su mesa de escribir.

—Bien podias haberme tenido hasta mañana en esta maldita cárcel sin saber una palabra de nadie,—dijo Eduardo.

—Ah, empezamos por reconvenciones?

—Me parece que tengo razon: son las diez de la mañana.

—Cierto, las diez.

—Y bien ¿qué es de Amalia?

—Muy buena está, gracias á Dios, pero no gracias á tí, que haces todo lo posible por que lo pase mal.

—Yo?

—Tú, sí; y ahí está la prueba,—dijo Daniel señalando ocho ó diez pliegos de papel dispersos sobre la mesa, en cada uno de los cuales habia el nombre de Amalia veinte ó treinta veces escrito

á lo ancho, á lo largo, al sesgo, de todos modos, y con infinitas formas de letra.

—Ah!—esclamó Eduardo, poniéndose colorado y juntando todos los papeles.

—Tú te entretenias en esto, mi querido Eduardo, y nada mas natural; pero en tu situacion es preciso que á lo conveniente ceda el lugar lo natural; y como conviene que nadie sepa que tienes tanto amor á ese nombre, bueno será hacer esto,—dijo Daniel tomando los papeles de mano de Eduardo, enrollándolos y tirándolos á una vieja chimenea que se encendia quince ó veinte dias en cada invierno en el gabinete de Don Cándido, para secar la humedad de las paredes, segun él decia, porque el fuego continuo le hacia mal; encendida ese dia por consideraciones á su huesped por fuerza.

—Bien, te concedo que tienes razon, Daniel, pero yo quiero volverme á Barracas ahora mismo.

—Comprendo que lo quieras.

—Y lo haré.

—No, no lo harás.

—Y quién me lo impedirá?

—Yo.

—Oh, caballero, eso es abusar demasiado de la amistad.

—Si usted lo cree así, Señor Belgrano, nada mas sencillo entonces.

—¿Cómo?

—Que usted puede irse á Barracas cuando quiera, pero debo prevenirle que cuando usted llegue, se encontrará solo en la casa, porque mi prima no estará en ella.

—Por Dios! Daniel, por Dios! no mortifiques mas mi situacion! Yo no sé lo que digo.

—Vaya! al cabo has dicho una cosa racional, y ahora que has empezado á tener razon, oye todo lo que hay.

Y Daniel refirió sucintamente á Eduardo, todas las ocurrencias de la noche anterior, como tambien la invasion del jeneral Lavalle.

—Cierto, cierto. Yo no puedo ya habitar en Barracas sin comprometerla!--dijo Eduardo poniendo el codo sobre la mesa y reclinada su frente en la palma de su mano.

—Eso es hablar con juicio, Eduardo. Hoy no hay otro medio de salvar á Amalia que poniéndote lejos de la mano de Rosas, porque aun cuan-

do yo pudiera salvarla de los insultos de la Mas-horca, ó de una medida torpe del tirano, yo no tendria poder para libertarla de los rigores de su propia organizacion, si te acaeciera una desgracia. Amalia está apasionada. Su naturaleza sensible y su imaginacion ecsaltada, la llevarian al último extremo de la vida, ó del infortunio, si llegase hasta su corazon una sola gota de tu sangre.

—Y qué hago, Daniel, qué hago?

—Desistir de la idea de verla por algunos dias.

—Imposible.

—La pierdes entonces.

—Y ó?

—Tú.

—Oh! no puedo, nó!

—No la amas, entonces.

—Que no la amo! Oh! sí, sí; no la amo como ella se merece ser amada, porque para Amalia se necesita un Dios, y soy un hombre; ella se merece el amor del cielo y de la tierra, y yo no puedo darla sino el amor de mi alma. Ah! Daniel. Desde anoche me parece que me falta la luz, porque sus ojos no la derraman sobre los míos; me parece que me falta el aire de mi ecsistencia, por-

que no lo aspiro en sus alientos. Qué no la amo! Oh! Dios mio, Dios mio!—esclamó Eduardo ocultando su frente entre sus manos.

Un momento de silencio se estableció entre los jóvenes. Daniel respetaba en ese momento esa noble pasion del amor, obra de Dios para las almas jenerosas y grandes, que él sentia tambien aunque sin la ecsaltacion de su amigo; porque ni el amor por su Florencia tenia obstáculos que le irritasen, ni su espíritu estaba ajeno á otras nobles y grandes impresiones que le distraian; ni él tenia tampoco la organizacion reconcentrada de Eduardo, en la cual, por esa desgraciada condicion, las pasiones, la felicidad y la desgracia, obraban sus efectos con mas poder.

—Pero no; esto es ser demasiado débil. ¿Qué es lo que decías que debo hacer, Daniel?—dijo Eduardo sacudiendo su cabeza, echando atras las hebras de sus cabellos de ébano que caían sobre sus sienes pálidas, y mirando tranquilamente á su amigo.

—No ver á Amalia en algunos dias.

—Bien.

—Si los sucesos políticos alcanzan pronto el fin

que les deseamos, entonces todo esta ganado en tus negocios.

—Sí, cierto.

—Si por el contrario, los sucesos no alcanzan ese fin, es necesario entonces que emigres.

—Solo?

—No, no irás solo.

—Irá Amalia? ¿Crees que quiera seguirme?

—Sí, lo creo perfectamente. Pero además de Amalia irán otras personas de tu relacion.

—Oh! Sí, vamos al extranjero, Daniel; el aire de la patria mata á sus hijos hoy, nos sofoca.

—No importa, es necesario respirarlo como se pueda hasta haber perdido toda esperanza.

—Pero, y si los sucesos se demoran mucho tiempo?

—No es posible.

—Nada mas fácil de suceder sin embargo. Un contratiempo cualquiera puede detener las operaciones de Lavalle, y entonces....

—Entonces todo se habrá perdido; porque la demora es la ruina para Lavalle, en el estado actual de las cosas.

—Pero, no, amigo mio, no estará perdido; y

porque no estará, estaremos todos los días esperando que al siguiente entre Lavalle.

—Lo esperarán otros, pero yo nó, Eduardo. El personal del Ejército Libertador es infinitamente inferior en número al de Rosas. Y los recursos de éste son en relacion de mil á uno, comparados con los de nuestro bravo jeneral. En favor de éste, pues, no hay mas que la impresion moral que ha causado su inesperada presencia en la provincia, y los antecedentes casi romancescos de su valor personal, y del entusiasmo de sus jóvenes soldados. Pero si el momento de esa impresion se pierde, todas las probabilidades estarán entonces en contra de la cruzada.

—Pero bien; supongamos el caso de una prolongacion de tiempo en la guerra ¿cómo vivir entonces separado de Amalia tanto tiempo, Daniel?

—Si llegára ese caso, la verías, pero no en Barracas.

—Puedo entrar un momento, mis queridos y estimados discípulos?—dijo Don Cándido asomando la borlita de su gorro blanco por la puerta del gabinete, que entreabrió.

—Adelante, mi querido y estimado maestro,— dijo Daniel.

—Hay una novedad, Daniel, una ocurrencia, una cosa

—Usted me hará el favor de decírmela de una vez, Señor Don Cándido?

—Es el caso que yo me paseaba en el zaguan, porque cuando tengo un poco de dolor de cabeza como al presente, me hace bien el pasearme, como tambien el ponerme unos parches de hojas de naranjo. Porque habeis de saber, hijos míos, que las hojas de naranjo con sebo tienen sobre mi organización la virtud específica

—De mejorar á usted y enfermar á los otros. ¿Qué es lo que hay?—preguntó el impaciente Daniel.

—A eso camino.

—Pero llegue usted de una vez, con todos los santos!

—Ya llégo, jénio de pólvora; ya llégo. Me paseaba en el zaguan, decía, cuando sentí que alguien se paró á la puerta. Me acerqué indeciso, vacilante, dudoso. Pregunté quien era. Me convencí de la identidad de la persona que me res-

pondió; y entonces abrí; ¿quién te parece que era, Daniel?

—No sé, pero me alegraría de que hubiese sido el diablo, Señor Don Cándido,—dijo Daniel dominando su impaciencia como era su costumbre.

—No, no era el diablo, porque ese parece que no se desprende de mi levita hace tiempo. Era Fermin, tu leal, tu fiel, tu . . .

—Fermin está ahí?

—Sí. Está en el zaguan, dice que quiere hablarte.

—Acabára usted, con mil bombas!—esclamó Daniel saliendo apresuradamente del gabinete.

—Qué jénio! Se ha de perder, se ha de estrellar contra el destino. Oye tú, Eduardo; tú que pareces mas circunspecto, aun cuando despues que saliste de la escuela en que eras quieto, tranquilo, estudioso, no he tenido la satisfaccion de tratarte; es necesario que tengas mucha cautela en la situacion actual. Dime: ¿por qué no entras hoy mismo á estudiar con los jesuitas y te entregas á la carrera eclesiástica?

—Señor, me hace usted el favor de dejarme el alma en paz?

—Ay, malo! ¿Tambien eres tú como tu amigo? ¿Y qué pretendéis jóvenes estraviados en la carrera tortuosa, en la pendiente rápida en que os habeis lanzado?

—Pretendemos que nos deje usted solos un momento, Señor Don Cándido,—dijo Daniel que entraba al gabinete á tiempo que su respetable maestro de primeras letras empezaba la interrumpida frase de su valiente apóstrofe.

—Nos amenaza algun peligro, Daniel?—preguntó D. Cándido mirando tímidamente á su discípulo.

—Ninguno absolutamente. Son asuntos mios y de Eduardo.

—Pero es que nosotros tres estamos hoy formando un solo cuerpo indivisible.

—No importa, lo dividiremos momentáneamente. Háganos usted el favor de dejarnos solos.

—Quedad,—dijo Don Cándido estendiendo su mano en el aire en direccion á los dos jóvenes, y saliendo pausadamente del gabinete.

—El negocio se vuelve mas sério, Eduardo.

—Qué hay?

—Algo de Amalia.

—Oh!

—Sí, de Amalia. Acaba de recibir aviso de que dentro de una hora la policía la hará una visita domiciliaria, y me lo manda decir con Fermín, á quien yo habia mandado á Barracas, antes de venir á verte.

—Y qué hacemos, Daniel? Pero oh, cómo pregunto qué hacemos! . . . Daniel, me voy á Barracas.

—Eduardo, no es tiempo de hacer locuras. Yo amo mucho á mi prima para permitir á nadie el que arroje sobre ella la desgracia,—dijo Daniel con un tono y una mirada tan séria que hicieron una fuerte impresion en el ánimo de Eduardo.

—Pero yo soy la causa de los insultos á que esa Señora se vé espuesta, y soy yo, caballero, quien deba protegerla,—contestó Eduardo con sequedad.

—Eduardo, no hagamos locuras,—repitió Daniel, volviendo á la dulzura natural con que trataba á su amigo,—no hagamos locuras. Si se tratase de defenderla de un hombre, de dos hombres, de mas que fuesen, con la espada en la mano, yo te dejaria muy tranquilo el placer de entretenerte con ellos. Pero es del tirano y de todos sus secuaces

de quienes debemos defenderla; y para con ellos tu valor es impotente; tu presencia les daría mayores armas contra Amalia, y no conseguirías libertar, ni tu cabeza, ni la tranquilidad de mi prima.

—Tienes razon.

—Déjame obrar. Yo voy á Barracas en el acto; y á la fuerza yo opondré la astucia, y trataré de estraviar el instinto de la bestia, con la intelijencia del hombre.

—Bien, anda, anda pronto.

—Tardaré diez minutos en llegar á mi casa á tomar mi caballo, y en un cuarto de hora estaré en Barracas.

—Bien: ¿y volverás?

—Esta noche.

—Díla....

—Que te conservas para ella.

—Díla lo que quieras, Daniel,—dijo Eduardo dándose vuelta, porque sin duda en sus ojos habia algo que queria ocultar á la mirada de su amigo. Jamás un hombre apasionado como Eduardo, con su valor y su jenerosidad, puede haberse encontrado en situacion mas dificil: veía en peligro á la

bien amada de su alma, en peligro por él, y no podía defenderla, sin agravar su desgracia.

Cuando volvió de su primer paseo en la habitación, ya no halló á Daniel en el gabinete.

Eran las once de la mañana, y Don Cándido empezó á vestirse para ir á la secretaría privada del Señor Don Felipe.





CAPITULO XV.

Amalia en presencia de la policía.



ANIEL llegó á su casa, montó en su soberbio alazán, y partió á gran galope para Barracas, tomando las peores calles de la ciudad para no encontrar obstáculos de tránsito que lo detuviesen, pues los del terreno los salvaba siempre sin dificul-

tañ el superior caballo que montaba: pero todo era inútil, porque iba á llegar tarde á la Quinta.

Cuando á las nueve de la mañana Daniel habia dejado á su prima, para dirigirse á la ciudad, habia dado órden á Fermin que lo esperase en Barracas, previniéndole las casas en que lo encontraria en caso que ocurriese alguna novedad.

Una ocurrió en efecto. Poco rato despues de su partida llegó á la Quinta una carta para Amalia, en que se le anunciaba una visita de la Policía; y la jóven mandó dar aviso á Daniel de este suceso, por cuanto ella desconfiaba de su prudencia en presencia del insulto que iba á hacerse á su casa.

Pasó inmediatamente al cuarto que ocupaba Eduardo. Tomó de sobre una mesa algunas traducciones del ingles en que solia entretenerse el jóven; y convencida de que no habia un solo objeto que pudiese revelar en ese aposento lo que probablemente venia á buscar la Policía, volvió á la sala, echó los papeles á la chimenea, y se paseaba con esa inquietud natural á los que esperan de un momento á otro ser actores en una escena desagradable, cuando sintió parar varios caballos á la

puerta de la Quinta. Y esto sucedió cinco ó seis minutos despues de la partida de Fermin; mucho antes, pues, de lo que Amalia creía.

Mujer, sola, rodeada de peligros que se estendian desde ella hasta el ser amado de su corazon, la naturaleza se espresó en ella con sinceridad: y pálida y débil se echó en un sillón, haciendo esfuerzos, sin embargo, para sobreponerse á sí misma.

Don Bernardo Victorica, un comisario de Policía y Nicolas Mariño se presentaron en la sala introducidos por Pedro.

Victorica, ese hombre aborrecido y temido de todos los que en Buenos Aires no participaban de la degradacion de la época, era sin embargo, menos malo de lo que jeneralmente se creía. Y sin faltar jamás á la severidad que le prescribian las órdenes del dictador, se portaba, toda vez que podia hacerlo sin comprometerse, con cierta civilidad, con una especie de semi-tolerancia, que hubiera sido un delito á los ojos de Rosas, pero que era empleada por el Jefe de Policía, especialmente cuando tenia que ejercer sus funciones sobre personas á quienes creía comprometidas por alguna

delacion interesada, ó por el excesivo rigorismo del gobierno. (*)

Con el sombrero en la mano, y despues de hacer una profunda reverencia, dijo á Amalia:

—Señora, soy el Jefe de Policía; tengo que cumplir el penoso deber de hacer un escrupuloso registro en esta casa: es una órden espresa del Señor Gobernador.

—Y estos otros Señores vienen tambien á registrar mi casa?—preguntó Amalia señalan-

(*) Cuando en 1839 recibí, en la cárcel y en los grillos de Rosas, el bautismo cívico, destinado por él á todos los arjentinos que se negaban á prostituirse en el lupanar de sangre y vicios en que se revolcaban sus amigos, Don Bernardo Victorica usó para conmigo ciertas atenciones que estaban absolutamente prohibidas.

Solo, sumido en un calabozo donde apenas entraba la luz del dia por una pequeña claraboya, yo no olvidaré nunca el placer que sentí cuando el Jefe de Policía, consintió en que se me permitiese hacer traer algunas velas y algunos libros. Y fué sobre la llama de esas velas, que carbonicé algunos palitos de yerba mate para escribir con ellos, sobre las paredes de mi calabozo, los primeros versos contra Rosas, y los primeros juramentos de mi alma de diez y nueve años, de hacer contra el tirano y por la libertad de mi patria, todo cuanto he hecho y sigo haciendo, en el largo periodo de mi destierro.

do hácia Mariño y al comisario de Policía.

—El Señor, no,—contestó Victorica indicando á Mariño,—este otro Señor es un comisario de Policía.

—Y puedo saber á quién, ó qué se viene á buscar á mi casa, de órden del Señor Gobernador.

—Dentro de un momento se lo diré á usted,—respondió Victorica, con una fisonomía muy seria, pues que él y sus compañeros estaban de pié, sin haber recibido de Amalia la mínima indicacion de sentarse.

Ella tiró el cordón de la campanilla, y dijo á Luisa que apareció al momento :

—Acompaña á este Señor, y ábrele todas las puertas que te indique.

Victorica hizo un saludo á Amalia, y siguió á Luisa por las piezas interiores.

Acompañado del comisario pasó al gabinete de lectura, y luego al suntuoso aposento de la jóven. El Jefe de Policía no era hombre de tan delicado gusto, que pudiese fijarse en todos los primores que encerraba aquel adoratorio secreto donde habia penetrado mas de una vez la mirada enamorada de Eduardo, al través de las ténues nebli-

nas de batista y tul que cubrían los cristales. Pero entretanto, Victorica tenía muy buenos ojos para no ver que cuanto allí había, estaba descubriendo el poco amor de los dueños de aquella casa á la santa causa de la federación.

Tapices, colgaduras, porcelanas, todo se presentaba á los ojos del Jefe de Policía con los colores blanco y celeste; blanco y azul; celeste, ó azul solamente. Y las pobladas cejas del intransijible federal empezaban á juntarse y endurecerse.

—Bien puede ser que aquí no haya nadie oculto, como me lo asegura Mariño; pero á lo menos no será porque en esta casa no haya unitarios,—se decía á sí mismo.

Pasó luego al tocador de Amalia, y sus ojos quedaron deslumbrados con la magnificencia que se les presentaba.

—A ver, niña, abre esos roperos,—dijo á Luisa.

—Y qué vá usted á ver en los roperos de la Señora?—preguntó la pequeña Luisa alzando su linda cabeza y mirando cara á cara á Victorica.

—Hola! Abre esos roperos te he dicho.

—Pues es curiosidad! Vaya, ya están abiertos—dijo Luisa abriendo las puertas de los guar-

da-ropas con una prontitud y una accion de enojo, que hubiera hecho sonreir á otro cualquiera que no fuese el adusto personaje que la miraba.

—Bien, ciérralos.

—Quiere usted ver si hay alguien escondido en los bebederos de los pájaros?—dijo Luisa señalando las jaulas doradas de los jilgueros.

—Niña, eres muy atrevida, pero tu edad me hace perdonarte. A ver, ábre esta puerta.

--Esta?

--Sí.

—Esta puerta dá á mi aposento.

—Bien, ábrela.

—No hay nadie en él.

— No importa, ábrela.

—Yo? no, Señor, no la abro. Ábrala usted, ya que no cree en mi palabra.

—Victoria miró largo rato á aquella criatura de diez ú once años que osaba hablarle de ese modo, y en seguida levantó el picaporte de la puerta, y entró al dormitorio de Luisa.

—Ven, niña,—la dijo viéndola que se quedaba en el tocador.

—Iré si manda usted á este Señor que vaya

tambien con nosotros,—dijo Luisa señalando al comisario que se entretenia en ecsaminar los pebetes de oro.

El comisario echó sobre ella una mirada aterradora, que no consiguió, sin embargo, aterrar á la intrépida Luisa, y volviendo el pebetero á la rinconera, volvió á seguir los pasos de Victorica.

--Señor, no me revuelva usted mi cama. Despues no se vaya usted á enojar si le quiero enseñar el bebedero de los pajaritos,—dijo á Victorica al verlo levantando la colcha de la cama y mirando bajo de ella.

—Adonde dá esta puerta?

—Al patio.

—Ábrela.

—Tire usted no mas, está abierta.

Una vez en el patio, Victorica hizo una seña al comisario, que por la verja de fierro se dirijió á la Quinta; y él y Luisa se dirijieron á aquella parte del edificio en que estaban las habitaciones de Eduardo, y el comedor.

—Quién habita en este cuarto?—preguntó Victorica ecsaminando el de Eduardo.

El Señor Don Daniel cuando viene á que-

darse,—contestó Luisa sin la mínima turbacion.

—Y cuantas veces por semana sucede eso ?

—La Señora me ha mandado que le enseñe á usted la casa, y no que le dé cuenta de lo que pasa en ella. Puede usted preguntárselo á la Señora.

Victorica se mordió los lábios no sabiendo qué hacer con aquella muchacha, y pasó á otra habitacion, y por último al comedor sin haber encontrado cosa alguna que le diese indicios de lo que buscaba.

Durante se ejecutaba esta pesquisa policial, en el modo y forma adoptada por la dictadura, una escena bien diferente, pero no menos interesante, tenia lugar en la sala.

Luego que Victorica y el comisario pasaron á las piezas interiores, Amalia, sin levantar los ojos á honrar con su mirada la fisonomía de Mariño, le dijo :

—Puede usted sentarse, si tiene la intencion de esperar al Señor Victorica.

Amalia no estaba rosada, estaba punzó en aquel momento. Y Mariño por el contrario, estaba pálido y descompuesto en presencia de aquella mujer cuya belleza fascinaba, y cuyas maneras impe-

riosas y aristocráticas, podemos decir, imponian.

—Mi intencion,—dijo Mariño sentándose á algunos pasos de Amalia,—mi intencion ha sido la de prestar á usted un servicio, Señora; un gran servicio en estas circunstancias.

—Mil gracias!—contestó Amalia con sequedad.

--Ha recibido usted mi carta esta mañana?

—He recibido un papel firmado por Nicolas Mariño, que supongo será usted.

—Bien,—contestó el comandante de serenos, dominando la impresion que le causó la desdeñosa respuesta de la jóven. En esa carta, en ese papel, como usted lo llama, me apresuré á participar á usted lo que iba á ocurrir.

—Y puedo saber con qué objeto se tomó usted esa incomodidad, Señor?

—Con el objeto de que tomase usted las medidas que su seguridad le aconsejase.

--Es usted demasiado bueno para conmigo: pero demasiado malo para con sus amigos políticos, pues que les hace usted traicion.

—Traicion!

—Me parece que sí.

--Eso es muy fuerte, Señora.

—Sin embargo, ese es el nombre.

—Yo trato de hacer siempre todo el bien que puedo. Además, yo sabia que desde anoche no podia haber ningun hombre en esta casa, despues de la visita de Cuitiño. Doña María Josefa Ezcurra, sin embargo, que tiene un empeño especial en perseguir esta casa, mientras yo lo tengo en protegerla, fué esta mañana á dar parte al Señor Gobernador de que aquí se ocultaba una persona que es buscada ha mucho tiempo por la autoridad. Su Exce-lencia mandó llamar al Señor Victorica, le dió la órden que está cumpliendo, y yo que tuve la suerte de saber lo que ocurría, no perdí un instante en comunicárselo á usted, decidiéndome tambien á acompañar al Señor Victorica, por si tenia la suerte de poder librar á usted de algun compromiso. Esta es mi conducta, Señora; y si hago una traicion á mis amigos, la causa porque así procedo me justifica plenamente. Esa causa es santa; nace de una simpatía instantánea que sentí por usted desde que tuve la dicha de conocerla. Desde entonces mi vida entera está consagrada á buscar los medios de acercarme á esta casa; y mi posición, mi fortuna, mi influencia. . . .

—Su posición y su influencia de usted no impedirán que yo le deje solo, cuando no comprenda que su presencia me fastidia—dijo Amalia parándose, separando la silla en que estaba sentada, y pasando al gabinete de lectura, y de este á su alcoba, donde sentóse en su sofá, radiante de belleza y de orgullo.

—Ah, yo me vengaré, perra unitaria!—esclamó Mariño pálido de rabia.

Pocos momentos hacía que la altanera tucumana estaba sola en su aposento por no sufrir las impertinencias de Mariño, cuando Victorica, que volvía con Luisa, por el mismo camino que había andado ya, se encontró de nuevo con Amalia.

—Señora,—la dijo—he cumplido ya la primera parte de las órdenes recibidas; y, felizmente para usted, podré decir á Su Excelencia, que no he encontrado en esta casa la persona que he venido á buscar.

—Y puedo saber qué persona es esa, Señor Jefe de Policía? ¿Puedo saber por qué se me hace el insulto de registrar mi casa?

—Quiere usted decir á esta niña que se retire?

Amalia hizo una seña á Luisa que se retiró, no sin torcerle los ojos á Victorica.

—Señora, debo tomar á usted una declaracion, pero deseo evitar con usted las formalidades de estilo, y que sea mas bien una conferencia leal y franca.

—Hable usted, Señor.

—Conoce usted á Don Eduardo Belgrano?

—Sí, lo conozco.

—Desde qué tiempo?

—Hará dos ó tres semanas,—contestó Amalia, rosada como una fresca rosa, y bajando la cabeza, avergonzada de tener que mentir por la primera vez de su vida

—Sin embargo, hace mas tiempo que lo han visto en esta casa.

—Ya he contestado á usted, Señor.

—Podria usted probar que Don Eduardo Belgrano no ha estado oculto en esta casa, desde el mes de Mayo hasta el presente?

—No me empeñaria en probar semejaute cosa.

—Luego es cierto?

—No he dicho tal.

—Pero, en fin, usted dice que no probaria que no estuvo.

—Porque es usted, Señor, quien debe probar lo contrario.

—¿Y sabe usted donde se encuentra actualmente?

—Quién?

—Belgrano.

—No lo sé, Señor; pero si lo supiera no lo diria,—contestó Amalia alzando la cabeza, contenta y altiva porque se le presentaba la ocasion de decir la verdad.

—Ignora usted que estoy cumpliendo una órden del Señor Gobernador?—dijo Victorica empezando á arrepentirse de su induljencia con Amalia.

—Ya me lo ha dicho usted.

—Entonces debe usted guardar mas respeto en las contestaciones, Señora.

—Caballero, yo sé bien el respeto que debo á los demas, como sé tambien el que los demás me deben á mí misma. Y si el Señor Gobernador, ó el Señor Victorica quieren delatores, no es en esta casa, por cierto, donde podrán hallarlos.

—Usted no delata á los demas, pero se delata á sí misma.

—Cómo?

—Que usted se olvida que está hablando con el Jefe de Policía, y está revelándole muy francamente su ecsaltacion de unitaria.

—Ah, Señor, yo no haria gran cosa en serlo en un pais donde hay tantos miles de unitarios!

—Por desgracia de la patria y de ellos mismos, —dijo Victorica levantándose sañudo,—pero llegará el dia en que no haya tantos; yo se lo juro á usted.

—O en que haya mas.

—Señora!—esclamó Victorica mirando con ojos amenazantes á Amalia.

—Qué hay, caballero?

—Que usted abusa de su secso.

—Como usted de su posicion.

—No teme usted de sus palabras, Señora?

—No, Señor. En Buenos Aires solo los hombres temen; pero las Señoras sabemos defender una dignidad que ellos han olvidado.

—Cierto, son peores las mujeres,—dijo Victorica para sí mismo.—A ver, concluyamos,—conti-

nuó, dirijiéndose á Amalia,—tenga usted la bondad de abrir esa papelera.

—Para qué, Señor?

—Tengo que cumplir ese último requisito, abra usted.

—Pero, qué requisito?

—Tengo orden de inspeccionar sus papeles.

—Oh, esto es demasiado, Señor, usted ha venido en busca de un hombre á mi casa; ese hombre no está, y debo decir á usted que nada mas consentiré que se haga en ella.

Victorica se sonrió y dijo:—abra usted Señora, abra usted por bien.

—Nó.

—No abre usted?

—Nó, nó.

Victorica se dirijia á la papelera cuya llave estaba puesta, cuando Mariño que habia oido el interrogatorio desde el gabinetè, se precipitó en el aposento, para ver si con un golpe teatral conquistaba el corazon de la altanera Amalia.

—Mi querido amigo,—dijo á Victorica—yo salgo garante de que en los papeles de esta Señora no hay ninguno que comprometa á nuestra

causa; ni diario, ni carta de los inmundos unitarios.

Victorica retiraba su mano de la llave de la papelera, y ya Mariño creía conquistado el derecho á la gratitud de aquel corazón rebelde á sus ternuras, cuando Amalia se precipitó á la papelera, la abrió estrepitosamente, tiró cuatro pequeñas gabetas que contenian algunas cartas, alhajas y dinero, y con una espresion marcada de despecho, se volvió á Victorica, dando la espalda á Mariño, y le dijo:

—Hé ahí cuanto encierra esta papelera, registrado todo.

Mariño se mordió los labios hasta sacarse sangre.

Victorica paseó sus miradas por los objetos que le descubrió Amalia, y sin tocar ninguno, dijo:— He concluido, Señora.

Amalia le contestó apenas con un movimiento de cabeza, y volvió al sofá, pues sentia que despues del violento esfuerzo que acababa de hacer, una especie de vértigo le anublaba la vista.

Victorica y Mariño hicieron una profunda reverencia y salieron por el gabinete á encontrar al comisario que los estaba esperando.

Y fué en el momento en que todos montaban á caballo, que Daniel bajó del suyo, y despues de un cortés saludo á Victorica y Mariño, entró á la casa de su prima, diciéndose á sí mismo:

—Maló. Empiezo á llegar tarde, y es mal agüero.

A su vez, Mariño decia á Victorica:

—Este lo debe saber todo. Este es unitario, á pesar de su padre y de todo lo que hace.

—Sí, es necesario poner los ojos sobre él.

—Y el puñal,—agregó Mariño, y tomaron el galope para la ciudad.





CAPITULO XVI.

Todos comprometidos.



NA hora despues el soberbio alazan que habia llegado á la Quinta á gran galope, volvía paso á paso en direccion á la ciudad, llevando á su dueño, no con la cabeza erguida y los ojos vivísimos como una hora antes, sino con la cabeza inclinada al pecho y casi cer-

rados sus hermosos ojos. Al verlo así, cualquiera diria que era un jóven indolente, cuya organizacion voluptuosa salia á gozar de los rayos acariciadores del sol de Agosto en aquel rigoroso invierno de 1840, prefiriendo el paseo á caballo, para no poner sus delicados pies sobre las húmedas arenas de Barracas.

Pero lo cierto era que Daniel no se acordaba si estaba en invierno ó en verano, ni gozaban solazamiento alguno sus sentidos, ni su espíritu.

Dominado por sus propias ideas, Daniel iba en abstraccion completa de cuanto le rodeaba; meditando sobre cuanto medio le sujeria su fecunda imaginacion para ver de encontrar aquel que le hiciese señor de la difícil situacion en que se hallaban las personas cuya suerte le estaba, casi exclusivamente, confiada. Situacion que le mortificaba tanto mas, cuánto que por ella se veía distraido á cada momento de los sucesos públicos á que queria consagrar toda la actividad de su espíritu.

Ademas, Daniel era supersticioso como su prima, ó mejor dicho mas supersticioso que ella, por cuanto era mas exaltada su imaginacion y mas profundas sus convicciones sobre el fatalismo

de las cosas. Y una inquietud vaga se habia apoderado de su espíritu desde el momento en que vió que no habia llegado á tiempo para encontrarse en la visita domiciliaria de Victorica, de quien él se proponia sacar un inmenso partido en favor de Amalia.

Sin embargo, él se habia manifestado contento á su prima; inspirándola toda cuanta confianza sobre la suerte de Eduardo podia dar tranquilidad á su corazon. Habia tambien convenido con ella, en que si los sucesos se prolongaban mas de ocho dias, se le buscaria alguna pequeña y solitaria casa sobre la costa de San Isidro, ó cualquier otro punto distante, donde poder vivir retirada, sin desalojar su casa de Barracas; facilitándose de este modo la felicidad de ver á Eduardo, y la de poder embarcarse en un momento dado. Y por último, habia concluido por hacerla reir, como era su costumbre cuando él sufría y queria ocultarlo á los demas.

Así, meditando, aceptando y desechando ideas, llegó, al fin, á la barranca del jeneral Brown, y enfilando la calle de la Reconquista llegó á la casa de su Florencia, á respirar un poco de esencia de

amor y de ventura en los alientes de aquella flor purísima del Cielo, caida sobre la tierra arjentina para ser velada por el amor, en la noche fríjida de las desgracias de ese pueblo infeliz.

Pero ese dia era fatal.

Al entrar á la sala halló á la Señora Dupasquier desmayada en un sillon, y á Florencia sentada en un brazo de él, suspendiendo con su brazo izquierdo la cabeza de su madre, y humedeciendo sus sienes con agua de colonia.

—Daniel, ven!—esclamó la jóven.

—Pero, qué hay, Dios mio?—preguntó Daniel acercándose á aquella pintura del dolor y del amor filial.

—Despacio, no hables fuerte. Es su desmayo.

Daniel, se arrodilló delante del sillon, y tomó la mano pálida y fria de Madama Dupasquier.

—No es nada, volverá en sí—dijo despues de haber observado el pulso de la Señora.

—Sí, empieza á traspisar. Entra á la alcoba, alcanza una capa ó un pañuelo; cualquiera cosa, Daniel.

El jóven obedeció, y despues de cubrir él mismo á su futura madre, y de arrodillarse delante

de ella con su Florencia, cada uno teniéndola una mano, fijos sus ojos en aquellos cuya primer mirada esperaban con impaciencia, Daniel se atrevió á preguntar á su Florencia, con palabras dichas casi al oído:

—Pero, qué ha habido? Este desmayo no le dá sinó despues de algun disgusto.

—Lo ha habido.

—Hoy?

—Ahora mismo. Has encontrado á Victórica?

—No.

—Acaba de salir de aquí.

—De aquí?

—Sí. Ha venido con un comisario y dos soldados, y ha registrado toda la casa.

—Pero á quién buscaba?

—No lo ha dicho, pero creo que á Eduardo, porque ha querido hacer sobre él algunas preguntas á mamá.

—Y....?

—Mamá se negó á responderle.

—Bien.

—Se negó tambien á abrir la puerta de un

cuarto interior que casualmente se hallaba cerrada, y Victorica la hizo echar abajo.

—Pero, por qué no se abrió esa puerta?

—Porque mamá dijo desde el principio á Victorica, que no se queria prestar á conducirlo al interior de su casa; que él obrase como quisiese, pues que tenia la fuerza para hacerlo. Mamá se ha sostenido con un valor y una dignidad propia de ella. Pero luego que ha quedado sola me ha hablado mucho de nuestro casamiento, me ha dicho que es necesario salir del pais y para siempre. En mis brazos la he sentido sufrir, y la he sentido desmayarse. Mírala: parece que vuelve . . . sí . . . sí—y Florencia levantóse súbitamente, tomó la cabeza de su madre y llenó de besos aquellos ojos que acababan de derramar sobre ella la primera mirada.

Madama Dupasquier habia vuelto de su desmayo.

Esa mujer, tipo perfecto de lo mas delicado, de lo mas culto de la sociedad bonaerense, reunia en sí todo el orgullo, toda la altivéz, todo el espíritu de las nobles descendientes de los héroes de nuestra independenciam, que, enorgullecidas por su origen, fueron siempre intransijibles con todo lo que

no era gloria, talento, ó nobleza en la República; de esas mujeres que sufrían más que los hombres por la humillación que la dictadura hacía sufrir al país; y que más que los hombres tenían valor para afrontar los enojos del tirano y de la plebe armada é insolentada por él.

Las páginas de sangre del gobierno de Rosas revelan las víctimas de su tiranía, que han caído al puñal ó al plomo de los asesinos públicos. Al lado de los nombres de Rosas, de Maza, de Oribe, de todos esos famosos verdugos del pueblo argentino, se escribe continuamente el martirolojio de los que se negaron á la ruina y á la degradación de su patria. Pero solo Dios puede haber escrito en la páginas santas del libro eterno de su justicia, la vasta nomenclatura de los que han muerto al influjo de los rigores de esos bandidos, ejercido sobre la organización y la moral. Solo Dios sabe cuantas madres han ido á la tumba por las huellas ensangrentadas de sus hijos; cuantas esposas han ido al Cielo á buscar el compañero de su existencia, arrebatado de ella por el plomo de Rosas, ó por el cuchillo voráz de aquel mendigo de poder, que, arrojado de su patria, fué á vender su

mano y su alma á un tirano extranjero, para saciar en la sangre de pueblos inocentes su instinto innato á los delitos, y cuya cabeza sabrá marcar la posteridad con el sello indeleble de su reprobacion y de su desprecio!

Solo Dios, sí, sabe cuantas nobles mujeres argentinas han bajado al sepulcro paso á paso, llevadas por la mano de esa época de sangre, y de impresiones rudas sobre su corazon sensible!

—Daniel,—dijo Madama Dupasquier,—es preciso salir del pais; usted y Eduardo, mañana, hoy si es posible. Amalia, yo y mi hija los seguiremos pronto.

—Bien, bien, Señora. Ahora no hablemos de eso. Necesita usted reposo.

—Y cree usted posible tenerlo en este pais? No cree usted que en cada minuto tiemblo por su seguridad? Además, una vez que se han fijado las sospechas de Rosas sobre mi casa, ya está sentenciada á continuos insultos; y cada persona que entre á ella será espiada y perseguida tambien.

—Dentro de ocho dias quizá estaremos libres de esta situacion.

—Nó, Daniel, nó. La miraba de Dios se ha se-

parado de nuestra patria, y no tenemos que preveer sino desgracias. No quiero, ni que Amalia pise esta casa.

—Amalia acaba de sufrir la misma visita que usted.

—Tambien?

—Sí; hace dos horas.

—Ah, esta es Doña María Josefa, mamá!

La Señora Dupasquier hizo un jesto como si le hubiesen nombrado el mas repugnante objeto de la tierra.

Daniel hizo entonces la relacion de cuanto habia ocurrido en la Quinta de Barracas desde las diez de la noche anterior.

—Pero en todo esto,—agregó,—no hay ningun peligro real todavia. Nadie podrá dar con Eduardo, yo respondo de ello. Voy á trabajar en sentido de prevenir el ánimo de Victórica contra las delaciones falsas que ha recibido Rosas de su cuñada, con la intencion de dejar desairada la vijilancia de la policia. De ese modo, doy seguridad á Amalia y á esta casa. Y en cuanto á mí, no tengo nada absolutamente que temer,—dijo Daniel queriendo inspirar á su amada y á su ma-

dre una confianza de que él empezaba á carecer.

—Mamá,—dijo Florencia,—pues que ya no hay motivo para que Amalia no venga, yo querria mandarla buscar á que nos acompañase á comer; Daniel lo hará tambien, y así pasaremos juntos todo el dia.

—Sí, sí,—dijo Daniel.—Quisiera que todos estuviésemos juntos, y que no nos separásemos nunca.

Una especie de presentimiento terrible, empezaba á oprimir el corazon de Daniel.

—Bien, hazlo,—le contestó madama Dupasquier.

Florencia salió volando, le escribió cuatro líneas á Amalia, y dió orden de poner el coche para mandar traer á su amiga.

Florencia volvia á la sala por las piezas interiores, cuando llamaban en la puerta exterior de la sala.

Todos se inmutaron.

Daniel se levantó, abrió, y dijo:

—Es Fermin.

—Qué hay?—le preguntó á su criado sin permitirle entrar á la sala, porque no oyeran las Se-

ñoras, si ocurría algo desagradable en ese día en que todo parecía conspirarse contra todos.

—Ahí está el Señor Don Cándido,—respondió Fermin.

—Dónde?

—En el zaguan.

Daniel se puso de un salto al lado de su maestro.

—Qué hay de Eduardo,—le preguntó con la voz, con los ojos y con la fisonomía.

—Nada.

Daniel respiró.

—Nada,—prosiguió Don Cándido,—está bueno, tranquilo, sosegado; pero hay de tí.

—De mí?

—Sí; de tí, jóven imprudente, que te precipitas en un . . .

—En un infierno, está bien. Pero, qué hay?

—Oye:

--Pronto.

—Despacio, oye: Victorica habló con Mariño.

—Bien.

—Mariño habló con Belaustegui.

—Adelante.

—Belaustegui habló con Arana.

--Adelante.

—Y yo, oí á Belaustegui y á Arana.

--Y de ahí?

—De ahí resulta que Belaustegui le ha dicho á Arana, que Mariño le ha dicho á él, que Victori-
ca le ha dicho en la policía, que ha dicho al comi-
sario de tu seccion, que desde esta noche vijile tu
casa, y te haga seguir, porque hay sospechas ter-
ribles sobre tí.

—Hola! Muy bien, y qué mas?

—Qué mas! ¿Te parece poco el enorme, el
monstruoso peligro que está pesando sobre tu
frente, y, naturalmente, sobre la mia, desde que
todos saben nuestras estrechas, íntimas y filiales
relaciones? ¿Quieres....?

—Quiero que me espere usted aquí un momen-
to, con esose guimos esta conversacion, en el coche
que pára en este momento á la puerta, en el trán-
sito hasta mi casa.

—Yo á tu casa, insensato?

--Espere usted, mi querido amigo,—dijo Da-
niel dejándolo en el zaguan.

--Fermin, monta en mi caballo y vete á

casa,—dijo á su criado que lo esperaba en el pátio.

—Qué hay?—preguntaron madre é hija al entrar Daniel á la sala.

—Nada. Noticias de Eduardo. Está impaciente. Está loco por salirse de su escondite y volar á Barracas. Pero yo parto á casa á escribirle y ponerlo en juicio.

—Sí, no vaya usted en persona,—dijo Madama Dupasquier.

—Daniel, prométamelo usted,—dijo Florencia parándose delante de su amado.

—Lo prometo,—dijo Daniel sonriendo y oprimiendo las manos de su Florencia.

—Se vá usted ya?

—Sí, y me voy en el coche que está pronto para ir á buscar á Amalia, porque acabo de mandar mi caballo.

—Y vuelve usted?

—A las tres.

—Bien, á las tres,—dijo Florencia apretando fuertemente entre sus manitas de azucena la mano que debia recibir mas tarde ante el pié del altar.

Daniel besó la de Madama Dupasquier, y salió de la sala aparentando un contentamiento que

desgraciadamente empezaba á alejarse de su corazón.

—Sabes, Daniel, una cosa?—dijo Don Cándido que se paseaba en el zaguan esperándolo.

—Despues, despues. Vamos al coche.

Daniel salió tan precipitadamente de la casa, que al bajar de la puerta dió un fuerte hombrazo sobre un hombre grueso, que á paso mesurado y con la cabeza muy erguida y el sombrero echado á la nunca, pasaba casualmente en aquel momento.

—Dispense usted, caballero,—dijo Daniel sin mirarlo á la cara, acercándose á la portezuela del coche, abriéndola él mismo y diciendo al cochero:

—A mi casa.

—Hombre, esta voz!....—dijo el personaje del sombrero á la nunca, parándose y mirando á Daniel que subia al estribo.

—Caballero, me hace usted el favor de oirme una palabra,—prosiguió el desconocido, dirijiéndose á Daniel.

—Las que usted quiera, Señor mio,—dijo el jóven con un pié en el estribo y otro en tierra, dándose vuelta hácia aquel hombre cuya cara no habia visto todavia; mientras Don Cándido, pálido

como un cadáver, se escurrió hasta el coche por entre las piernas de Daniel, y se acurrucó en un ángulo de los asientos, fingiendo limpiarse el rostro con un pañuelo, pero evidentemente enmascarándose.

—Me conoce usted?

—Ah! me parece que es el Señor Cura Gaete con quien he tenido la desgracia de tropezar,—contestó Daniel con la mayor naturalidad.

—Y yo creo que he oído la voz de usted en alguna otra parte. Y aquel otro Señor que está adentro del coche será... ¿Cómo está usted, Señor?

Don Cándido hizo tres ó cuatro saludos con la cabeza sin desplegar los labios, y sin acabar de limpiarse el rostro con el pañuelo.

—Ah! es mudo!—prosiguió el fraile.

—Quería usted alguna cosa, Señor Gaete?

—Me gusta mucho oír la voz de usted, Señor.... ¿quiere usted decirme....

—Que tengo que hacer, Señor,—dijo Daniel saltando al coche y haciendo una seña al cochero, que hizo partir los caballos á trote largo en dirección á la Plaza de la Victoria; mientras el reve-

rendo Cura Gaete se quedó sonriendo, con una expresión de gozo infernal en su fisonomía, y mirando el número de la casa de Madama Dupasquier.

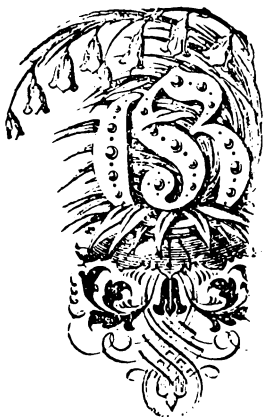
FIN DE LA PARTE TERCERA.

PARTE CUARTA. (*)



CAPITULO I.

El 16 de Agosto.



NCE dias despues de los acontecimientos anteriores, es decir, el 16 de Agosto, el destino de Buenos Aires estaba sobre un monte de sombras donde la vista humana

(*) En la primera edicion se puso *Quinta* á esta parte *Cuarta*, por error tipográfico, y ese error se ha repetido en las líneas de introduccion de esta segunda edicion.

se estraviaba y se asustaba ante su perspectiva.

Eran apenas las cinco de la mañana de aquel día. No se veía un solo astro sobre el firmamento; y el Oriente envuelto en el espeso manto de la noche, no quería levantar aun las ligeras puntas del velo nacarado del alba.

Tres bultos, semejantes á otras tantas visiones de la imaginacion de Hoffman, parecian de cuando en cuando rarificarse sobre el muro y las ventanas que separaban las habitaciones de la jóven viuda de Barracas, del gran patio de la Quinta, cortado por una verja de fierro, como se sabe, y cuya puerta estaba abierta en aquel momento, cosa que jamás habia acontecido á tales horas, despues de la tristísima noche con que empezamos la esposicion de esta historia.

—Si no hay nadie. Aunque su merced se esté hasta mañana, no ha de ver luz, ni á ninguno—dijo, sin el misterio que parecia requerir aquella hora, una voz chillona de mujer.

—Pero cuando, donde se han ido?—esclamó con un acento de impaciencia y rábía la persona á quien se habia dirigido la mujer.

—Ya le he dicho á su merced que se han ido

antiyer, y que han de estar por ahí no mas. Yo los ví salir. Doña Amalia montó en el coche llevando de cochero al viejo Pedro, y de lacayo al mulato que la servia. Junto con Doña Amalia subió la muchacha Luisa. Y despues se bajó del coche Doña Amalia, abrió las piezas y volvió á salir y subir al coche trayendo dos jaulas de pajaritos. Nada han llevado; y aquí no hay sino los negros viejos que están durmiendo en la Quinta.

Restablecióse el silencio, y uno de aquellos tres misteriosos personajes volvió á correr de puerta en puerta, de ventana en ventana á ver si descubria alguna luz, si percibia algun ruido que le indicase la ecsistencia de alguien en aquella mansion desierta y misteriosa.

Pero todo era envano: él no oía sino el eco de sus propios pasos, y el murmullo de los grandes álamos de la Quinta, mecidos por la récia brisa de aquella noche de invierno oscura y fria.

Por un momento esa especie de fantasma alzó su mano en actitud de descargar un golpe sobre los cristales de una de las ventanas de la alcoba de Amalia, pero la bajó y volvió al lugar en que es-

taba su compañero, y la persona que les habia dado los informes que se conocen.

—Señor Comandante, sabe Usía que la Escolta marcha hoy muy temprano,—y ya es la madrugada.

—Bien, Teniente, vámonos. Usted me ha acompañado como un amigo, y no quiero incomodarlo mas. Vámonos y marche á su cuartel.

—Señor de Mariño, mire su merced que lo que me ha dado lo he gastado todo en la llave falsa, y no tengo nada que darles á los de casa.

—Bien, mañana.

—Pero, como mañana?

—Vamos, toma y déjame en paz.

—Y cuanto es esto?

—No sé. Pero no debe ser poco.

—Cuando mas, cinco pesos—se dijo la mujer de la llave falsa, marchando delante del Comandante Mariño, y Teniente del escuadron Escolta; y pasando por la verja de fierro, cuya puerta cerró Mariño, guardándose luego la llave en el bolsillo.

Un momento despues esos dos personajes de la federacion dejaban á su cólega por ella, en la pulpería contigua á la casa de Amalia, satisfecha de

ver, que aunque negra como era, prestaba servicios de importancia á la santa causa de pobres y ricos. Y Comandante y Teniente tomaban el galope para la ciudad; dirijiéndose, el primero á su cuartel de Serenos, y el otro al de la Escolta de Su Excelencia.



II.

Apenas allá en el horizonte del gran río se veía una lijerísima claridad sobre las olas, como una leve sonrisa de la esperanza entre la densa noche del infortunio. La mañana venía.

Todo, menos el hombre, iba á armonizarse allí con ese lazo etéreo entre la naturaleza y su creador, que se llama la luz. Los arrogantes potros de nuestra Pampa sacudirían en aquel momento su altanera cabeza, haciendo estremecer la soledad con su relincho salvaje. Nuestro indomable toro correría, arqueando su potente cuello, á apagar su sed, nunca saciada, en las aguas casi heladas de nuestros arroyos. Nuestros pájaros meridionales, menos brillantes que los del trópico, pero mas poderosos unos y mas tiernos otros, saltarían desde el nido á la copa de nuestros viejos ombúes, ó de

nuestros erizados espinillos á saludar los albores primitivos del dia; y nuestras humildes margaritas, perdidas entre el trébol y la alfalfa esmaltada con las gotas nevosas de la noche, empezarian á abrir sus blancas, punzoes y amarillas hojas, por tener el gusto, como la virtud, de contemplarse á sí mismas á la luz del Cielo, porque la luz de la tierra no alcanza, ni á las unas, ni á la otra. Toda la naturaleza, sí, menos el hombre. Porque llegado era el momento en que la luz del sol no servia en la infeliz Buenos Aires, sino para hacer mas visible la lóbrega y terrible noche de su vida, bajo cuyas sombras se revolvian en caos las esperanzas y el desengaño, la virtud y el crimen, el sufrimiento y la desesperacion !

El silencio era sepulcral en la ciudad.

El monótono ruido de nuestras pesadas carretas dirigiéndose á los mercados públicos, el paso del trabajador, el canto del lechero, la campanilla del aguador, el martilleo del pan entre las árganas; todos estos ruidos especiales y característicos de la ciudad de Buenos Aires, al venir el dia, hacia ya cuatro ó cinco que no se escuchaban. Era una ciudad desierta; un cementerio de vivos cuyas

almas estaban unas en el cielo de la esperanza aguardando el triunfo de Lavalle; otras en el infierno del crimen esperando el de Rosas.

Solo en el camino de San José de Flores, que arranca de la ciudad; de aquel célebre camino, gloria de la federacion, y vergüenza de los porteños, mandado construir por Rosas en honor del general Quiroga; solo en él, decíamos, sonaba el ruido de las pisadas de algunos caballos:—Era Don Juan Manuel Rosas que marchaba á encerrarse en su acampamento de Santos Lugares, en la madrugada del 16 de agosto de 1840; saliendo de la ciudad oculto entre las sombras de la noche, calculando, sin embargo, el poder llegar de dia á la presencia de sus soldados, á quienes por la primera vez de su vida iba á poder decirles *Compañeros*.

Su escolta tenia órden de marchar una hora despues.

Nada mas lúgubre, nada mas dramático, nada mas indeciso y violento que el cuadro político que representaban los sucesos en ese momento, en todo el horizonte revolucionado de la República Argentina.

Era un duelo á muerte entre la libertad y el despotismo, entre la civilizacion y la barbarie; y estaban ya sobre el campo los dos rivales con la espada en mano, prontos á atravesarse el corazon, teniendo por testigos de su terrible combate á la humanidad y la posteridad.

La mirada de todos estaba fija sobre la inmensa arena del combate ¿en qué lugar? sobre la República entera.

El jeneral Paz marchaba á Corrientes—á ese Anteo de la libertad argentina, que ha estado cayendo y levantando, luchando brazo á brazo con la dictadura de Rosas—y que entonces victoreaba la libertad y recibia á la noble hechura de Belgrano.

La-Madrid—ese Mosquetero de Luis XIII, resucitado en la República Argentina en el siglo XIX—bajaba sobre Córdoba á estender la poderosa liga del Norte.

Lavalle—nuestro caballero del siglo XI, nuestro Tancredo, el *Cruzado* argentino, en fin—marchaba sobre la ciudad de Buenos Aires, al frente de sus tres mil lejonarios, valientes como el acero, ardientes como la libertad, entusiastas como la

poesía, y nobles como la causa santa porque abandonaron la patria, dejando en ella la voluptuosidad y el lujo, para volver á ella con la privacion y la roida casaca del soldado.

Ejército compuesto de la parte mas culta y distinguida de la juventud arjentina, comandado por lo mas selecto de nuestra milicia; ejército que representa en sí solo toda la poesía dramática y melancólica de la época. Soldados imberbes que tomaban el fusil, no como una carrera, sino como un sacerdocio. Que partian á la guerra, hablando de los peligros y de la muerte, no con la poesia de la imaginacion, sino con la espresion de su conciencia en estado de pureza; que hablaban del martirio como del homenaje debido á la sombra de nuestros viejos padres y á la libertad futura de la patria.

“Isla de la Libertad, Agosto 31 de 1839.

“Mi querida mamá: he derramado lágrimas al leer su carta tan llena de amor maternal. Devuelvo á usted esos tiernos sentimientos que me manifiesta, con todo mi corazon. Confío en que el Cielo presidirá nuestros destinos, y que yo ten-

dré el gusto de abrazar á usted y á mis queridas hermanas en el seno de nuestra patria adorada. Diez años han durado nuestros sufrimientos, y la esperanza de terminarlos me llena de ardor y entusiasmo. Deseche toda idea triste: Dios regla el destino del hombre. Si muero, le pido su perdon, y su olvido.....

“Eduardo Alvarez.”

Soldados así, como ese jóven de diez y nueve años, hijo de uno de nuestros vicjos jenerales, que se despedia de su madre para ir á morir por la libertad de su patria, y que murió por ella en la jornada del Sauce Grande, despues de haberse cubierto de gloria en el Yerúa y D. Cristobal; cayendo al espirar, en los brazos de su hermano, enviándole un beso á su madre y haciendo jurar á ese hermano que no dejaria la espada sino con la libertad arjentina, ó con su muerte!!!.....

De parte de la tiranía, Echagüe en Entre-Rios, Lopez en Santa-Fé, Aldao en Mendoza y Rosas en Buenos Aires, formaban las cuatro columnas de resistencia al ataque de la libertad.

En el exterior; por parte de la Francia solo

habia la novedad del nombramiento del vice-almirante Baudin para el comando de una espedicion militar al Plata, que parecia haberse resuelto con el fin de poner término á los asuntos pendientes. Y por parte del Estado Oriental, el jeneral Rivera, entretenido en bailar y dar convites en su cuartel jeneral en San José del Uruguay, divertido con versos del comandante Pacheco, contribuia con brindis á la cruzada argentina; bebiendo "Por que la República Argentina anonadando al tirano que la ensangrienta, siga nuestro ejemplo, y comprenda que la única base de la felicidad de los pueblos es la que se funda en leyes justas y análogas á sus necesidades;" y en la de tener gobiernos morales, previsores y activos, le faltó decir al presidente Rivera.

En cuanto al pueblo de Buenos Aires, él tenia una fisonomía especial en ese momento: la fisonomía especial de la angustia; la fisonomía de la ansiedad. Cada minuto pesaba horriblemente sobre el espíritu.

Lavalle marchaba sobre la ciudad.

Rosas delegaba el gobierno en D. Felipe Arana, y salia á esperar á Lavalle, ó mas bien, huía

de la ciudad á su acampamento de Santos Lugares, distante dos leguas.

El batallon de Maza; el de Ravelo; el N.º 1.º de caballería; los dos escuadrones de abastecedores: el escuadron Escolta, y algunas divisiones que anteriormente se encontraban allí, componian, en número de 5,000 hombres, el ejército de Rosas en Santos Lugares, especie de inmenso reducto zanjeado y artillado por todas partes.

La ciudad era guardada de otro modo:

En el Fuerte estaba acuartelada la mitad del cuerpo de Serenos; y de noche se reunian allí la plana mayor activa y la inactiva; los jueces de paz, los alcaldes y sus tenientes, componiendo un total de 400 á 500 hombres.

En su cuartel del Retiro, estaba el coronel Rolon con 250 veteranos.

El coronel Ramirez mandando 80 negros viejos é inválidos.

Y el cuarto batallon de Patricios estaba mandado accidentalmente, por Don Pedro Ximeno.

El coronel Vidal mandaba tambien alguna fuerza pequeña.

Los pocos ciudadanos que quedaban en Buenos

Aires, no estaban organizados, ni alistados si-
quiera.

El cuerpo de la Mashorca, compuesto de 80 á
100 facinerosos, se distribuía desde las oraciones
en partidas de 6 y de 8 hombres, que recorrían
toda la noche la ciudad; sin hacer otra cosa hasta
esos días, sin embargo, que registrar escrupulosa-
mente á los que hallaban en la calle; llevarlos á
la presencia de Salomon si tenían armas, ó insultar-
los groseramente si no iban con gran divisa ó
con papeleta de *Socio Popular Restaurador*.

El inspector, jeneral Pinedo, hacia los nombra-
mientos de *Jefe de Día*; cargo que recaía siempre
en alguno de los jenerales que sin destino permanecían en la ciudad.

Y esos jefes, acompañados de algunos ayudantes,
recorrían la ciudad toda la noche, visitando
los cuarteles para ver si se observaban las órde-
nes espedidas.

Pero época alguna de la federación hizo mas
tolerantes á sus hijos, que estos días que esta-
mos describiendo; es decir, aquellos en que el
jeneral Lavalle marchaba aproximándose á la
ciudad.

La Mashorca no hacia uso de sus armas, como hemos dicho.

Los *Jefes de Dia*, en el curso de sus paseos nocturnos, solian llamar á alguna que otra puerta anatematizada desde mucho tiempo; y preguntaban con el mayor esmero: si algo se ofrecia, si habia alguna novedad; ó aseguraban que no habia nada que temer, etc.

El gobernador delegado, mandaba indirectamente ciertos avisos á ciertas casas sobre seguridades, sobre garantías no conocidas nunca.

En los cuarteles, los acérrimos entusiastas en el tiempo de las Parroquiales, se demostraban mutuamente, con una lójica concluyente, lo terrible que era el no poder vivir en paz y tener que pelear con sus *hermanos*.....
 ¡Ah, Lavalle, Lavalle, por qué no mandasteis un escuadron á gritar, ¡viva la patria! en la plaza de la Victoria!

Pero sigamos.

De otro lado; las familias de los enemigos del tirano, es decir, las cuatro quintas partes de la sociedad culta y moral, esperaban y temblaban, querian reir, y sentian el corazon oprimido; La-

valle se acercaba, pero cada una de ellas tenia un hijo, un hermano, un esposo en las filas de los Libertadores, y una bala enemiga podia abrirse paso por su pecho; Lavalle se acercaba, pero el puñal de la Mashorca estaba mas cerca de ellas que la espada de sus amigos.

Encerradas en sus aposentos, las jóvenes tejian coronas, bordaban cintas, buscaban en el fondo de sus gabetas algun traje celeste, escondido por muchos años, para recibir á los Libertadores; y las madres querian esconder dentro sí mismas á los hijos que les quedaban aun en Buenos Aires, para que no fuesen arrebatados de las calles por las levadas de la Mashorca.

Cada familia, cada individuo, era en fin, la imagen viva y palpitante de la ansiedad, de la mas penosa y terrible incertidumbre.

Tal era el inmenso cuadro que, apenas bosquejamos, al fin de la primera mitad de Agosto; tiempo tambien en que vamos á encontrarnos de nuevo con los personajes de esta historia.

El corazon de los patriotas latia de temor y de esperanza. El de los héroes de las *Parroquiales*, de miedo y de miedo.

Pero antes de cerrar este capítulo vamos á explicar esa voz Parroquiales, con que en este libro se ha determinado á menudo una época á que no se ha dado todavía un nombre especial.



III.

Al anochecer del 27 de Junio de 1839, fué asesinado en las ante-salas de la Cámara de Representantes, el Presidente de ella Don Manuel Vicente Maza.

Dejémos la palabra á los documentos, porque ellos de suyo han de reflejar sobre la conciencia del lector, todo lo que hay de horrible y de repugnante, en los hechos que fijamos como antecedentes de esa bacanal pública, que se llamó *fiestas de las parroquias*.

“En Buenos Aires á 27 de Junio de 1839 á las seis y media de la noche se presentó en la casa habitacion del Señor Vice-Presidente 1.º de la Honorable Sala, ciudadano jeneral Don Agustin Pinedo, el ordenanza de dicha Sala Anastacio Ra-

mirez, y anunció al referido Vice-Presidente que acababa de ser violentamente muerto el Señor Presidente de la Honorable Sala Dr. D. Manuel Vicente Maza, cuyo cadáver habia encontrado el esponente en la Sala de la Presidencia.”

La Comision Permanente se reunió. Se hizo el reconocimiento facultativo del cadáver; y encontraron en él dos heridas hechas con *cuchillo ó daga*.

La Sala se reunió al dia sigüiente ¿se reunió para deliberar sobre el hecho inaudito que acababa de cometerse en su recinto? no: se reunió para oír un discurso del diputado Garrigós. He aquí un pequeño fragmento de ese discurso.

....“Se ha querido contrastar la acrisolada fidelidad de nuestra tropa. Pero por todas partes, “Señores, ha encontrado el vicio la resistencia que “le ofrece la virtud. Estos leales federales, que “detestan al bando unitario, y mucho mas aun á “los traidores que desertan de la causa nacional “de la Confederacion Argentina, volaron presurosos á participar al Gobierno aquel inicuo atentado, exhibiendo al mismo tiempo comprobantes “inequívocos de la certeza de su acerto. Pues

“bien, Señores, el autor principal de crimen tan
“execrable era el hijo de nuestro Presidente; y
“sin duda alguna, datos muy exactos y antece-
“dentes muy fundados comprobaban la conniven-
“cia del padre en el complot del hijo: estos gra-
“ves cargos, que gravitaban contra el Ex-Presi-
“dente, desparramados en la poblacion, cundieron
“con una rapidez eléctrica: los ciudadanos de to-
“das clases miraron con horror tan inaudito crí-
“men y se apresuraron entonces á dirigirse á esta
“Honorable Lejislatura ejerciendo el derecho de
“peticion. Al efecto prepararon una solicitud
“con el objeto de que se separase del elevado
“puesto de Presidente de la Representacion de la
“Provincia, y aun del seno de la Lejislatura
“á un ciudadano, contra quien pesaban graves
“cargos y contra quien la opinion pública se
“habia ya manifestado del modo mas severo:
“y que por consiguiente debia quedar fuera
“del amparo de esta posicion para que el fallo
“de la ley se pronunciase contra su conducta.
“Aun no fué esto todo, Señores; pendiente este
“paso, la animadversion pública se esplicó mas
“palpablemente. La casa del Presidente fué agre-

“dida la noche del jueves de un modo que se co-
 “noció que el pueblo estaba en oposicion á la per-
 “manencia del Presidente en su puesto, que aun
 “esa mañana ocupó.—Tales antecedentes decidie-
 “ron al Presidente á hacer su renuncia, no tan
 “solo del cargo que ocupaba en este recinto, sino
 “tambien de la Presidencia del Tribunal de Justi-
 “cia. Recien entonces se apercibió que debia ale-
 “jarse de esta tierra, y no poner á prueba tan di-
 “ficil, la irritacion del pueblo, y la justificacion
 “del Jefe ilustre del Estado que fluctuaria entre
 “el severo deber de la justicia, y el cruel recuer-
 “do de una antigua amistad”

. . . . “En tal estado, Señores, ¿qué cosa resta á
 “la Honorable Sala, que dar cuenta de este tráji-
 “co suceso al P. E. acompañándole todos los an-
 “tecedentes de la materia, para en su vista dicte
 “las medidas que su sabiduría le aconseje?”

Al dia siguiente, es decir, el dia 28, en que
 tuvo lugar la sesion, el hijo del Presidente de la
 Sala, Teniente Coronel Don Ramon Maza, fué fu-
 silado en la cárcel.

El cadáver del anciano estaba en la puerta, en
 un carro de la basura; y allí se le reunió el cadáver

de su hijo, y juntos fueron echados á la zanja del cementerio.

Trás este horrendo asesinato del Presidente de la Legislatura y del Tribunal de Justicia. ¿qué aconteció en el pueblo de Buenos Aires? Aconteció que una voz unánime se levantó en derredor á Rosas, de todas las corporaciones y empleados públicos, dando el parabien al asesino. “En virtud “del descubrimiento del feróz, inicuo y salvaje “plan de asesinato premeditado por los parricidas, “reos de lesa América, traidores Manuel Vicente y “su hijo espúreo Ramon Maza, vendidos al inmundo oro francés,” decia uno. Otro le hacia coro, repitiendo: “Esté bien convencido Vuecelencia, “que el Dios de los ejércitos protege la causa de la “justicia, poniendo en descubierto los planes infernales de los traidores sobornados por un vil interés, como sucede con el traidor sucio, inmundo “y feróz Manuel Vicente Maza y su hijo bastardo.”

Las felicitaciones, vaciadas todas en el molde de las anteriores, se desgranaban de la inmensa mazorca de la federacion; y centenares de pájinas no podian abrazar en sus millones de tipos, todo el palabreo inmundo de esa época, y fué preciso ha-

brir válvulas en cada parroquia de la ciudad, para que el entusiasmo popular no hiciese reventar el pecho de los federales; y de aquí las fiestas parroquiales, cuya bacanal debia celebrarse en los templos.

El asesino fué deificado, y el asesinato bendecido, no solo en la ciudad, sino en la campaña.

Del dia del delito, se decia en la cátedra del Espíritu Santo:—“Yo no haré otra cosa en esta
 “mi breve alocusion, que exhortaros con las pala-
 “bras del Profeta real á establecer este dia hasta el
 “cornijal del altar: CONSTITUTE DIEM SOLEMNEM
 “NIQUE ADDE CORMU ALTARIS. Solemne llamo
 “este dia por el feliz descubrimiento de la trama
 “horrorosa contra la vida de nuestro Ilustre Res-
 “taurador de las Leyes; solemne llamo á este dia,
 “por el escarmiento público, que la Divina Provi-
 “dencia hizo de los enemigos de nuestra libertad é
 “independencia.... La Divina Providencia.....
 “ella quiso que este público.... á la verdad, Dios
 “vela sobre los buenos y sobre los malos; sobre
 “los buenos para darles á su tiempo el premio en
 “el Cielo, sobre los malos para darles á su tiempo
 “el condigno castigo.”

El Juez de Paz de cada parroquia, citaba á los vecinos, y préviamente le sacaba á cada uno lo que podia, ó no podia dar, para la suscripcion de la fiesta. Luego se nombraba la comision, se señalaba el dia, y se invitaba por los periódicos.

La parroquia entera se vestia de federal y pero que hablen los documentos.

“La cuadra de la Iglesia estaba toda adornada de olivo y lindas banderas, las cuales fueron tomadas por los vecinos y DE GOLPE LAS RINDIERON AL PASAR EL RETRATO, HINCANDO LA RODILLA, causando un espectáculo verdaderamente imponente el repique de las campanas, cohetes de todas clases y vivas del inmenso pueblo que habia allí reunido ; al llegar al átrio tomaron el Señor Juez de Paz y el Señor Maestro el retrato, y entraron con él á la Iglesia “en cuya puerta, el Señor cura y seis sacerdotes de sobre-pelliz” acompañaron el retrato hasta que se colocó en el lugar destinado, y como se retirase la comitiva por no empezarse la funcion de Iglesia se dejaron dos Tenientes Alcaldes uno á cada lado del retrato haciéndole guardia hasta que concluida la funcion tomó asiento el acompañamiento esperando al Señor

“cura y demas sacerdotes que de sobre-pelliz salieron á acompañar el retrato que fué sacado hasta el átrio, donde lo recibió el Señor Juez de 1.ª Instancia, Don Lucas Gonzalez Peña. . . .

“Gran porcion de vecinos se reunió en la casa contigua á la del Juez de Paz, donde fué servida con abundancia carne con cuero; concluida la comida se formó del contento general la mas federal y republicana danza en el patio de la casa del Señor Juez de Paz, adoptando nuestra ALEGRE MEDIA CAÑA POR BAILE, la que era tocada por la música restauradora: en esta danza aceptada unicamente por todos, no quedó nadie sin bailar, pues todos ENTREVERADOS no se conoció distincion.—La Señorita Doña Manuelita de Rosas, digna hija de Nuestro Ilustre Restaurador y la respetable familia de S. E. dieron realce con su presencia &c.” (*)

Los documentos de la época van mas adelante todavia: mineros inagotables de la mas desesperante filosofia sobre la debilidad de la raza hu-

(*) Descripcion de la fiesta de la parroquia de Monserrat, publicada en el número 4,834 de la *Gaceta Mercantil*, de 10 de Agosto de 1839.

mana cuando gravita sobre ella la pesada mano del despotismo, en cada página, en cada día de esa época funesta, enseñan en progreso, la degradación del pueblo sometido á Rosas. Las inspiraciones de este, eran las que daban impulso á las acciones: obraban obedeciendo; pero era tan perfectamente disfrazada la imposición, que, á los diez años, el escritor se halla en conflicto para saber donde comenzaba esa imposición, y donde terminaba la acción espontánea, en conciencias que el miedo había pervertido.

La descripción de la fiesta de San Miguel, publicada en el número 4,891 de la *Gaceta*, brilla todavía con mayor lujo de degradación, de prostitución, de escarnio.

Mas todavía, la fiesta de la Catedral, que describe la *Gaceta* 4,866: he aquí un fragmento:

“En la entrada del templo se agolpaba un numeroso gentío, y saliendo á la puerta el Senado del Clero fué introducido al templo el retrato de Su Excelencia por los mismos generales que lo habían recibido &c. La función fué celebrada con magestuosa solemnidad. Nuestro venerable y digno compatriota el Ilustrísimo Obispo dioce-

“sano de Buenos Aires, Doctor Don Mariano Me-
“drano, rodeado de todo el esplendor y pompa con
“que se ostenta el culto de la Iglesia Católica en
“sus augustas fiestas, ofició en tan importante ac-
“cion de gracias. Una magnífica orquesta acom-
“pañaba el canto de algunos profesores y aficiona-
“dos. Concluida la misa se entonó el Te-Deum
“por el ilustrísimo prelado, que se anunció al pú-
“blico por repiques de campanas y una salva de
“artillería en los baluartes de la fortaleza. En se-
“guida fué reconducido el retrato de Su Exce-
“lencia al carro. La caballería formó en co-
“lumna &a.

“Luego que el Señor Inspector Jeneral dispuso
“la retirada del retrato empezó la marcha en el
“mismo órden, siguiendo la columna por el espre-
“sado arco principal, y de este por la calle de la
“Reconquista hasta la casa de Su Excelencia. Al
“salir de la fortaleza el acompañamiento, se em-
“peñaron las señoras, en conducir el retrato de Su
“Excelencia, tirando del carro que alternativa-
“mente habian tomado los generales y gefes de la
“comitiva al conducirlo al templo. Las señoras
“mostraron el mas delicado y vivo entusiasmo, y

“vimos con inmenso placer á las distinguidas señoras Doña. . . . &a. &a.” (*).

Como se vé, pues, estas célebres fiestas tuvieron por oríjen un crimen; y, dignas sucesoras de esa causa, ellas en sí mismas eran un crimen, y fueron mas tarde madre de mil crímenes.

En el estado normal de las sociedades, en toda reunion pública, se trata de poner en competencia la cultura ó el talento, la elejancia ó el lujo.

En toda reunion pública, ó se trata de agradar, ó se trata de moralizar.

En las famosas fiestas parroquiales, todo era á la inversa, porque el ser moral de la sociedad estaba ya invertido.

Cada parroquial era un inmenso certámen de barbarismo, de groseria, de vulgaridad y de inmoralidad, de patricidio y de herejía.

A la profanacion del templo, seguia la profanacion del buen gusto, de las conveniencias, de las maneras, del lenguaje, y hasta de la mujer, en lo que llamaban el ambigú federal, cuya mesa se colocaba, ora en la sacristia, á veces en algun corre-

(*) El carro, segun el documento que estamos citando, tenia nueve varas de elevacion, cinco de largo y tres de ancho.

dor, bajo algun claustro, y alguna vez tambien en la casa del Juez de Paz de la parroquia.

El primer asiento era reservado á Manuela, y como si esta pobre criatura fuese el conductor eléctrico que debiera llevar á su padre los pensamientos de cuantos allí habia, cada uno empleaba todo el poder de la oratoria especial de la época, para mostrarse á los ojos de la hija, fuerte y potente defensor del padre.

La oratoria de la época tenia su vigor, su brillo, su sello federal en la abundancia de los adjetivos mas estravagantes, mas cínicos, mas bárbaros.

El enemigo debia ser inmundo, sucio, asqueroso, chanco, mulato, vendido, asesino, traidor, salvaje. Y el héroe de la federacion, en boca de los aseados federales, para quienes el oro francés era inmundo, pero el oro arjentino muy limpio y muy pulido, para dejar de robárselo á manos llenas, era ilustre, grande, héroe; como ilustres, grandes y héroes eran todos ellos en la prostitucion y el vicio que allí representaban.

En pos de la borrachera federal, venia la danza federal. Y la jóven inocente y casta, llevada allí

por el miedo ó la degradacion de su padre; la esposa honrada, conducida muchas veces á esas orjías pestíferas, con las lágrimas en los ojos, tenían luego que rozarse, que tocarse, que abrazarse en la danza con lo mas degradado y criminal de la mashorca.

Estas escenas fueron interrumpidas momentáneamente por la revolucion del Sur, en Octubre del mismo año de 1839, pero continuadas tan pronto como fué sofocado aquel heroico movimiento.— Y en ellas fué donde debia enjendrarse la época de sangre que debia comenzar en 1840. Porque si la cabeza de Zalarallan, de Castelli y otros habia dado ya ocupacion al cuchillo, todo eso no era, sin embargo, sino los preludios de las ejecuciones en masa que debian cometerse mas tarde.

El terror fué graduado, fria y sistemáticamente por el dictador.

Las prisionerías.

Los azotes.

Los moños de cinta, pegados con brea en la cabeza de las Señoras.

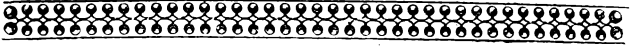
Este y el otro asesinato, de tiempo en tiempo, fueron escalones sucesivos por los que Rosas fué

arrastrando el espíritu individual y el espíritu público al abismo de la desesperacion y del miedo, á cuyo fondo insondable debia empujarles con mano de demonio en la San Bartolomé de 1840.

Así la sociedad á esta época, se hallaba dividida en víctimas y asesinos. Y estos últimos, que desde muy atrás traian sus títulos de tales; valientes con el puñal sobre la víctima indefensa; héroes en la ostentacion de su cinismo, temblaban, sin embargo, cuando la pisada del Ejército Libertador hacía vibrar la tierra de Buenos Aires, en la última quincena de Agosto de 1840, á cuyos dias hemos llegado en esta historia; mientras que la parte oprimida del pueblo, sufría tambien la incertidumbre penosa por el écsito prócsimo de la cruzada.

Y es para poder fijar con claridad la filosofia de esta conclusion, que la *novela* ha tenido que *historiar* brevemente los antecedentes que se han leído.





CAPITULO II.

El Gobernador delegado.



ASADO el zaguan que conducia del primero al segundo patio en la casa de Don Felipe Arana, calle de Representantes N.º 153, se hallaba á mano izquierda una pieza cuadrada, con una gran mesa de escribir en el centro, otra mas pequeña en uno de los ángulos, y un es-

tante conteniendo muchas obras teológicas, las partidas, un diccionario de la lengua, edicion de 1764; un grabado representando á San Antonio; un botellon de agua; unas tazas de loza y un damero— nada más tenia el estante del Señor Don Felipe; pues acabamos de conocer el gabinete del Señor ministro, ascendido al alto rango de gobernador delegado.

En la pequeña mesa, copiaba un largo oficio nuestro distinguido amigo el Señor Don Cándido Rodriguez. Y delante de la gran mesa en que figuraban gallardamente muchos legajos, muchos sobres de cartas y de oficios y un gran tintero de estaño, sentados estaban Don Felipe Arana y el ministro de S. M. B., Caballero Enrique Mandeville, y nuestro entrometido Daniel.

—Pero si no ha habido declaracion de guerra, Señor Mandeville,—decia el Señor Don Felipe á tiempo que nos entramos con el lector á su gabinete. Y eso decia con sus manos cruzadas sobre el estómago, como las tienen habitualmente las Señoras cuando se hallan en estado de esperanzas.

—Así es, no ha habido declaracion de guerra—

contestó el Señor Mandeville jugando con la punta de sus rosados dedos.

—Y usted vé, Señor ministro,—prosiguió Don Felipe,—que según el derecho de jentes y la práctica de las naciones cultas y civilizadas, no se puede hacer la guerra, sin que á ese acto preceda una declaracion solemne y motivada.

—Pues!

—Y como el derecho de jentes nos comprende á nosotros tambien ¿ digo bien, Señor Bello?

—Perfectamente, Señor ministro.

—Luego si nos comprende á nosotros el derecho de jentes,—prosiguió Don Felipe,—teniamos derecho á que la Francia nos declarase la guerra antes de mandar una espedicion. Y puesto que no lo hace así, la Inglaterra debia estorbarle el envío de la ante dicha espedicion; porque conquistado el país por la Francia, la Inglaterra pierde todos sus privilegios en la Confederacion. Y es por esto que concluyo, repitiendo al Señor ministro, á quien tengo el honor de hablar, que la Inglaterra debe oponerse al tránsito por mar de la susodicha espedicion, que debe salir de Francia, ó estar ya en camino por el mar.

—Yo transmitiré á mi gobierno las poderosas observaciones del Señor gobernador delegado,— contestó el Señor Mandeville, cuyo espíritu, no estando avasallado por Don Felipe como lo estaba por Rósas, podia medir á su antojo la diplomacia y la elocuencia del antiguo campanillero de la Hermandad del Rosario.

—Si fuera dable que yo tomase parte en este asunto, yo diria al Señor gobernador cual es en mi opinion la política que ha creido conveniente seguir en los negocios del Plata el gabinete de San James,—dijo Daniel con un tono tan humilde y tan comedido que acabó de encantar á Don Felipe, que no deseaba otra cosa sino que alguien hablase cuando él tenia que hacerlo.

—Las opiniones de un jóven tan aventajado como el Señor Bello deben ser oidas siempre.

—Mil gracias, Señor Arana.

El Señor Mandeville fijó sus ojos en la fisonomía de aquel jóven cuyo nombre le era conocido; y se dispuso con toda su atencion á escucharlo.

—Es muy probable que á la fecha en que estamos, el Señor Palmerston esté en posesion de un documento muy grave de la actualidad: me refie-

ro al protocolo de una conferencia tenida el 22 de Junio de este año entre la Comision Arjentina y el Señor Martgny. ¿El Señor Mandeville sabe algo de este documento?

—Nada absolutamente,—contestó el ministro ingles,—y dudo que mi gobierno lo tenga desde que no ha ido por mi conducto.

—Entonces me cabe la dicha de haber hecho las veces del Señor Ministro.

—Es posible?

—Sí, Señor, el 22 de Junio se firmó ese documento, y el 26 marchaba para Lóndres, enviado por mí al Vizconde Palmerston. Tiene hoy, pues, cincuenta y dos dias de viaje.

—Pero ese documento?.....—dijo el Señor Mandeville algo intrigado.

—Hélo aquí, Señor Ministro. Léamoslo y despues observemos,—dijo Daniel sacando de su cartera un pliego de papel muy fino en que leyó:

PROTOCOLO

De una conferencia entre el Señor Buchet Martigny, Cónsul Jeneral, Encargado de Negocios y Plenipotenciario de S. M. el Rey de los Franceses, y la Comision Argentina, establecida en Montevideo, con el objeto de fijar algunos hechos relativos á la cuestion pendiente en el Rio de la Plata.

Los sucesos que han tenido lugar en el Rio de la Plata, desde el 28 de Marzo de 1838, en que las fuerzas navales de S. M. el Rey de los Franceses establecieron el bloqueo del litoral arjentino, produjeron una alianza de hecho, entre los jefes de las espresadas fuerzas, y los ajentes de S. M. por una parte, y las Provincias y ciudadanos arjentinos, armados contra su tirano, el actual gobernador de Buenos Aires, por la otra.

Esta alianza se hizo mas estrecha, y adquirió alguna mas regularidad, desde que el Señor jeneral Lavalle, en Julio de 1839, se puso de acuerdo, con dichos jefes y ajentes, para organizar en la Isla de Martin Garcia, la primera fuerza arjentina,

destinada á obrar contra el gobernador de Buenos Aires ; y desde que el gobierno de la Provincia de Corrientes abrió comunicaciones con ellos en Octubre del propio año.

Desde entonces los Sres. Ajenes Diplomáticos, y los jefes de las fuerzas navales francesas, han prestado reiterados servicios á la causa de los argentinos, donde quiera que se han armado contra su tirano, y han recibido á su vez pruebas de sinceras simpatías hácia la Francia, donde quiera que no ha dominado la influencia de aquel. Todo esto habia estrechado mas cada dia la espresada alianza de hecho.

Actualmente, los últimos periódicos de Francia, que acaban de recibirse en esta Capital, han dado á conocer el discurso, pronunciado en la Cámara de Diputados el 27 de Abril último, por el Señor Thiers, Presidente del Consejo de Ministros de S. M ; y en el cual S. E. reconoció, pública y solemnemente, como aliados de la Francia, á las Provincias y ciudadanos de la República Argentina, armados contra el tirano de Buenos Aires ; dando así una especie de sancion á la alianza, que solo de hecho ecsistia.

Esta circunstancia ha dado lugar á que las partes interesadas en el negocio creyesen, como realmente creen, llegado el momento de fijar algunos puntos, que dén á la alianza toda la regularidad posible; y establezcan al mismo tiempo, sus mas naturales consecuencias.

Para este efecto, los abajo firmados, á saber :

Por una parte, el Señor Claudio Justo Enrique Buchet-Martigny, Cónsul Jeneral, Encargado de Negocios, y Ministro Plenipotenciario de S. M. el Rey de los Franceses ;

Y por la otra los Señores Dr. Don Julian Segundo de Agüero, Dr. Don Juan José Cernadas, Don Gregorio Gomez, ; Dr. Don Ireneo Portela, Dr. Don Valentin Alsina, Dr. Don Florencio Varela, miembros que componen la Comision Arjentina, establecida en Montevideo, por especial delegacion del Señor jeneral Lavalle, que como jefe de todas las fuerzas arjentinias dirigidas contra el Dictador Rosas, representa de hecho los intereses y negocios de la Provincia de Buenos Aires, cuya representacion delegó en dicha Comision.

Se han reunido, hoy dia de la fecha, en la casa habitacion del Señor Buchet Martigny ; y despues

de dar á este negocio su mas séria atencion, han reconocido, de comun acuerdo, que es de la mayor importancia que la desavenencia, entre la Francia y Buenos Aires, á que han dado lugar las crueldades, y actos arbitrarios ejercidos por el actual gobernador de esta Provincia, contra diversos ciudadanos franceses, y el bloqueo que ha sido su consecuencia, cesen en el instante mismo en que haya desaparecido la autoridad del dicho gobierno y haya sido reemplazada por otra, conforme á los deseos del pais, como las circunstancias dán lugar á esperar.

Y, creyendo necesario entenderse de antemano, respecto de los medios mejores, que deben emplearse, para obtener ese resultado, de un modo igualmente honroso para ambos paises, han discutido maduramente el negocio, y han convenido, por fin, en lo siguiente :

Tan luego como se haya instalado en Buenos Aires una nueva administracion, en lugar del despotismo que allí domina actualmente, anunciará ella misma este suceso al Señor Buchet Martigny, instándole á trasladarse cerca de ella. El Señor Buchet Martigny, se prestará inmediatamente á

esta invitacion, y se presentará á la nueva administracion en calidad de Cónsul Jeneral, Encargado de Negocios y Plenipotenciario de Francia.

Su primer acto, en respuesta á la nota que se le haya`dirijido, será el de hacer á la nueva administracion, una declaracion al efecto siguiente:

“El bloqueo establecido en el litoral de Buenos Aires, y los actos hostiles que le han acompañado, jamás han sido dirigidos contra los ciudadanos de la República Arjentina, lo que mas de una vez han mostrado las medidas tomadas en favor de los mismos ciudadanos arjentinos, por los ajentes de S. M., y por los comandantes de las fuerzas navales francesas en el Plata. Esos actos ningun otro objeto han tenido, que el de compeler al tirano, bajo cuyo yugo jemia la República, á poner término á sus crueldades contra los ciudadanos franceses, á conceder justas indemnizaciones á aquellos que las habian ya sufrido, y á respetar la cosa juzgada. Vivamente ha sentido el gobierno del Rey verse obligado á echar mano de medidas, que debian producir grandes males para el pueblo arjentino; pues jamás ha creido que ese pueblo haya tenido parte

“alguna en semejantes excesos, ó los haya aprobado.

“Hoy, pues, que ha desaparecido el monstruoso poder, contra el cual se dirijian determinadamente las hostilidades de la Francia, y que el pueblo argentino ha recobrado el ejercicio de sus derechos y de su libertad, no hay ya motivo alguno para que continúe la desavenencia entre los dos paises, ni el bloqueo á que habia dado lugar; contando positivamente el gobierno de S. M., y el infrascripto, con la disposicion del pueblo argentino, y de la administracion que acaba de establecerse en Buenos Aires, á hacer justicia á la nacion francesa, y acceder á sus justas reclamaciones.

“En consecuencia, el Señor Buchet Martigny vá á apresurarse á escribir al contra-almirante, comandante de las fuerzas navales francesas en el Plata, para darle noticia de los acontecimientos, y para rogarle que declare levantado el bloqueo del Rio de la Plata, y dé las órdenes necesarias, á fin de que las fuerzas francesas, que se hallan en la isla de Martin Garcia, se retiren; y, al dejarla, entreguen al jefe militar, y á la guar-

“nacion que, á efecto de relevarlas, mande el go-
 “bierno de Buenos Aires, la artillería y todos los
 “otros objetos, que ecsistian en la Isla, antes de su
 “ocupacion por los franceses.”

En cambio de esta nota, la nueva administracion de Buenos Aires, transmitirá al Señor Buchet-Martigny, una declaracion concebida, poco mas ó menos, en los términos siguientes, la cual llevará fecha seis ú ocho dias despues :

“El gobierno provisorio de Buenos Aires, de-
 “seando corresponder á la jenerosidad de la decla-
 “racion, que con fecha. . . . le ha sido hecha por el
 “Señor Encargado de Negocios y Plenipotenciario
 “de la Francia, deseando tambien dar á esta nacion
 “una prueba de su amistad, y de su reconocimien-
 “to, por los eficaces servicios que en estas últimas
 “circunstancias ha prestado á la causa argentina :

“Considerando igualmente la justicia con que el
 “gobierno de S. M. el Rey de los franceses ha re-
 “clamado indemnizaciones, en favor de aquellos
 “de sus nacionales, que hayan sido víctimas de
 “actos crueles y arbitrarios del tirano de Buenos
 “Aires Don Juan Manel Rosas :

Ha decretado lo que sigue :—

“Art. 1.º Hasta la conclusion de una conven-
“cion de amistad, comercio y navegacion, entre
“S M. el Rey de los franceses y la provincia de
“Buenos Aires, los ciudadanos franceses estableci-
“dos en el territorio de la provincia, serán tratados,
“respecto de sus personas y propiedades, como lo
“son los de la nacion mas favorecida.

“Art. 2.º Se reconoce el principio de las in-
“demnizaciones, reclamadas por S. M. el Rey de
“los franceses, en favor de aquellos de sus nacio-
“nales que hayan sufrido antes ó despues de es-
“tablecido el bloqueo, por medidas inícuas y ar-
“bitrarias del último Gobernador de Buenos Aires
“Don Juan Manuel Rosas, ó sus delegados.

“Invitará este gobierno al Señor Buchet-Mar-
“tigny, á que se entienda con él, para hacer de-
“terminar, en un plazo breve, el monto de esas
“indemnizaciones, por árbitros elejidos por ambas
“partes, en igual número ; y que en caso de em-
“pate, tendrán la facultad de asociarse un terce-
“ro en discordia, nombrado por ellos á mayoría
“de votos.

“Se reconoce tambien el principio del crédito
“del Señor Despuy contra el gobierno de Buenos

“Aires. Los mismos árbitros fijarán su monto “por documentos auténticos.”

El Señor Martigny, en respuesta á la notificación que reciba de esta resolución, dará las gracias al gobierno de Buenos Aires, por este testimonio de amistad y de justicia, y lo aceptará en nombre del gobierno de S. M.

Los Señores miembros de la Comisión Argentina, reconocidos á los servicios que la Francia ha hecho á su República, en la lucha que sostiene contra su tirano, se comprometen del modo mas formal, tanto en su nombre, como en el del jeneral Lavalle, de quien son delegados, á emplear todos sus esfuerzos y usar de toda su influencia, para que el nuevo gobierno de Buenos Aires, legalmente constituido, concluya sin demora con el encargado de Negocios y Plenipotenciario de Francia, una convencion de amistad, comercio y navegación, en los mismos términos de la que se firmó en Montevideo el 8 de Abril de 1836, entre la Francia y la República Oriental del Uruguay ; lo que será tambien una nueva prueba de la moderación é intenciones de la Francia ; pues que nada mas pide, ni desea, de la República Arjen-

tina, sino lo mismo que propuso, en medio de la paz y la amistad, al Estado Oriental del Uruguay.

Terminado así el objeto de la presente conferencia, se formó este protocolo, que quedará secreto, y que firmaron todos los miembros de ella, en dos ejemplares, en francés el uno, y el otro en castellano, en Montevideo á 22 de Junio de 1840.

(Firmado)

Buchet Martigny.

Julian S. de Agüero.

Juan J. Cernadas.

Gregorio Gomez.

Valentin Alsina.

Ireneo Portela.

Florencio Varela.

El Señor Mandeville estaba absorto.

Por la cabeza de Arana no pasó sino la idea que la dominaba siempre, y bajo su inspiracion dijo :

—Pero qué dirá el Señor Gobernador cuando sepa que ese documento ha ecsistido en manos de usted por tanto tiempo, sin él saberlo ?

—El Señor Gobernador conoce ese documento desde el mismo día en que llegó á mis manos.

—Ah!

—Sí, Señor Arana; lo conoce porque era de mi deber enseñárselo, primero, para probarle mi celo por nuestra causa; y segundo, para que no declinase de su heroica resistencia contra las pretensiones francesas.

—Es un prodigio este jóven,—dijo Don Felipe mirando á Mandeville; mientras Don Cándido se persignaba, creyendo que Daniel habia hecho pacto con el diablo, y que él se encontraba en la asociacion.

—Bien pues,—continuó Daniel,—á primera vista esta alianza deberia inspirar recelos al gabinete británico, sobre la influencia comercial que adquiriria la Francia en estos países, en el caso de que los unitarios triunfasen. Pero estos hacen desaparecer esos temores con una política que no deja de ser hábil y conducente. Ellos hacen entender que las concesiones hechas á la Francia no son una especialidad, sino un programa jeneral que establecen para lo futuro, en sus relaciones políticas y comerciales para con los demas Estados.

Que su sistema de órden y de garantías se extenderá á todos los extranjeros que residan en la República. Anuncian la libre navegacion de los rios interiores. Proclaman la emigracion europea como una necesidad de estos paises; y distraen los intereses políticos, con las perspectivas comerciales que ofrecen en ellos una vez que triunfe su partido.

—Traicion es todo eso!—esclamó Don Felipe que no entendia una palabra de cuanto acababa de oir.

—Prosiga usted,—dijo Mandeville, interesado profundamente en las palabras de Daniel.

—En presencia de tal programa,—prosiguió el jóven,—el ministerio ingles toma en cuenta, de una parte los inconvenientes de una hostilidad directa á la Francia en su cuestion en el Plata; y por otra las ventajas que puede reservarse para lo futuro, con solo que la Inglaterra se mantenga neutral en una cuestion cuyo resultado puede ser el triunfo de un partido que establece un programa político, todo él de ventajas al comercio, al capital y á la emigracion europea; y cuya amistad quizá convendrá mas tarde adquirirse á todo trance para

equilibrar la influencia que la Francia haya establecido en sus relaciones anteriores.

—Pero es una picardía!—esclamó el Señor Don Felipe,—una traicion, un ataque á la independencia y soberanía nacional.

—Por supuesto que lo és,—dijo Daniel,—es una completa picardía de los unitarios. Pero eso no obsta á que puedan alucinarse con ella en Inglaterra; y toda nuestra esperanza, en este caso, se funda en la habilidad de usted, Señor Arana, para hacer entender al Señor Mandeville, todo lo que tiene de traidor á los intereses americanos y europeos el pensamiento de los unitarios.

—Ya....sí... pues.... yo he de hablar con el Señor Mandeville.

—Sí, hemos de hablar,—contestó el ministro ingles cambiando una mirada significativa con Daniel, en quien habia descubierto todo cuanto á Don Felipe le faltaba.

—Y me podria usted facilitar una copia de ese documento?—continuó Mandeville dirigiéndose á Daniel.

—Desgraciadamente, no puedo,—contestó el joven haciendo al mismo tiempo una seña de afir-

mativa á Mandeville, que fué comprendida en el acto.

—No puedo,—prosiguió Daniel,—porque le entregué una copia de él al Señor Gobernador, que se manifestó muy disgustado de que su ministro de relaciones exteriores no supiese nada de este negocio.

—Pero si nada sabia!—esclamó Don Felipe abriendo tamaños ojos.

—De eso se trata; de que no supiera usted nada; y si usted le habla alguna vez de este asunto, conocerá cuan disgustado está Su Excelencia por aquella ignorancia.

—Oh, yo no hablo jamás al Señor Gobernador, sino de los asuntos que él me promueve.

—En eso se conoce el talento de usted, Señor Arana.

—Y de este asunto me guardaré bien de decirle una palabra.

—Bien hecho.

—No le parece á usted, Señor Mandeville?

—Soy de la misma opinion del Señor Bello.

—Oh! nosotros todos nos entendemos perfectamente!—dijo Arana arrellanándose en la silla.

—Y podríamos entendernos sobre el asunto que me ha traído á saludar á Vuestra Excelencia?—preguntó Mandeville.

—Sobre la reclamacion del súbdito ingles?

—Justamente.

—Sí, podríamos, pero.....

—Pero qué, Señor? es un asunto muy fácil.

—Pero como el Señor Gobernador no está.....

—Pero Vuestra Excelencia es el Gobernador delegado, y en un asunto tan sencillo.....

—Sí, Señor, pero; pero yo no puedo sin consultarlo.

—Pero si esto no es de política; es un asunto civil; se trata de volver á un súbdito de Su Majestad, una propiedad que le ha tomado un juez de paz.

—Lo consultaré.

—Válgame Dios!

—Lo consultaré.

—Haga el Señor Arana lo que quiera.

—Lo consultaré en primera oportunidad.

—Bien Señor,—dijo Mandeville levantándose y tomando el sombrero.

—Se vá usted ya?

—Sí, Señor Ministro.

—Y usted tambien, Señor Bello?

—A pesar mio.

—Pero volverá usted á verme?

—A cada momento, siempre que no incomode al Señor Gobernador delegado.

—Incomodarme! por el contrario, tengo muchas cosas que consultar con usted.

—Siempre estoy pronto y contento de ser honrado de ese modo.

—Vaya pues! vayan con Dios!

Y el Señor Mandeville y Daniel salieron juntos riéndose y compadeciendo ambos interiormente, aquel pobre hombre titulado ministro y Gobernador delegado.

—Quiere usted que tomemos un vaso de vino en mi casa, Señor Bello?—preguntó el ministro ingles al llegar al coche.

—Con mucho gusto,—contestó Daniel,—y los dos subieron al carruaje, á tiempo que doblaban la calle, en direccion á lo de Arana, Victorica por una vereda, y el Cura Gaete por otra.

Llegados que fueron aquellos á la hermosa Quinta del ministro británico, la conversacion jiró

de nuevo sobre el documento que acaban de conocer nuestros lectores.

Esa pieza histórica tiene en sí misma el sello de dos verdades innegables, que mas tarde serán tema de largas meditaciones en el historiador de estos países, como le servirá tambien de comprobante para justificar la lealtad y la moral de los emigrados arjentinos, tantas veces acusados de *vender* y sacrificar los intereses y los derechos de su país, en sus relaciones con el extranjero.

Estudiando ese documento, no se puede menos que compadecer ese santo infortunio de la emigracion, de cuyos tristes efectos no es el menos notable, ni el menos desgraciado, el alucinamiento á que da ocasion, aun en los espíritus mas sérios.

Parece increíble que hombres de la altura de Agüero y de Varela, llegasen á creer, que el protocolo que firmaban en 22 de Junio de 1840, pudiera nunca servir á uno de los dos objetos que se proponian con ese paso, y que sin duda era el mas importante para ellos.

Con una candidés pasmosa, la Comision Arjentina creyó arribar con ese Convenio al logro de

una obligacion perfecta, de una alianza formal entre la Francia y los enemigos de Rosas.

La firma de la Comision Arjentina, los compromisos que ella hubiese contraido, podrian haber sido, sin duda, atendibles y respetados por el nuevo gobierno que sucediese al de Rosas en Buenos Aires. Pero si la Francia se negaba á respetar la alianza de hecho, sellada con las libaciones de la sangre ¿cómo esperar que respetase un compromiso estra-oficial, contraido con un ajenté suyo, por una entidad moral, que no representaba absolutamente nada, ni en derecho público, ni en poder, ni en consecuencias ulteriores, una vez que fuese vencido por Rosas el partido armado que esa entidad representaba? ¿Con qué carácter, donde, ni como, se reclamaria de la Francia el cumplimiento de los deberes que la alianza imponia, si la Francia cortaba la cuestion, como la cortó, ó daba á su política en el Plata cualquiera otro sesgo que le conviniese?

Entretanto; si el jeneral Lavalle triunfaba de Rosas, la revolucion no podia dejar de llevarlo al puesto del gobierno, y la Comision Arjentina, por la calidad de sus miembros, debia hallarse

tambien en las altas rejiones del poder; y las promesas del 22 de Junio, si bien no eran de una obligacion perfecta para Buenos Aires, lo eran para aquellos que las firmaron, y que, colocados en actitud de llenarlas, no hubieran querido ni podido prescindir de cumplirlas. Viniendo á resultar, que aquel Convenio era todo una realidad para la Francia, y todo una ilusion para la Comision Arjentina.

Pero ésta tuvo tambien otro objeto en aquel paso, y si por ventura no entró en sus consejos, debemos felicitarnos, sin embargo, de que aparezca como tal.

La alianza con el extranjero era el caballo de batalla de Don Juan Manuel Rosas, y de su partido, para estigmatizar á sus contrarios: y mucho tiempo despues de aquel á que está circunscrita esta obra, ha continuado siendo el tema favorito de las mas punzantes recriminaciones, de las mas infundadas y arbitrarias sospechas.

Pero en materias tan graves, en que la historia no está menos interesada que el honor de los individuos y los partidos, no se discute sino sobre los hechos y los documentos.

Para acusar á Rosas y la parte activa de su partido, á cada momento les hacemos su proceso con las piezas oficiales de ellos mismos, y con la esposicion de hechos que han estado bajo el imperio de los ojos, ó que ecsisten daguerreotipados en la memoria de cien mil testigos.

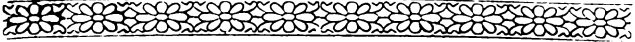
Para acusar á la emigracion arjentina, de haber sacrificado uno solo de los derechos permanentes de su pais, de haber pospuesto una sola de sus conveniencias presentes ó futuras, en política ó en comercio, en territorio ú obligaciones de cualquier jénero ; para acusar á unò solo de los miembros espectables de esa emigracion, de haber recibido del extranjero un solo peso, una sola ventaja, una sola promesa á cambio de la mínima condescendencia, no han de hallar un solo documento ni un solo testigo, los mas encarnizados perseguidores de esa emigracion. Y si hallasen algun documento, ha de ser de la naturaleza y de los términos del que aquí se conoce.

Cuanto allí se le ofrecia á la Francia, no era una línea mas que lo que ella habia ecsijido desde el comenzamiento del bloqueo. Pero se le ofrecia mucho menos que lo que Rosas debia darle mas

tarde en la Convencion de 29 de Octubre, despues de haber hecho sufrir y humillar al pais, por el largo periodo del primer bloqueo.

v





CAPITULO III.

De como era y no era Gobernador delegado Don Felipe.



OR mas que apresuró sus pasos el Cura Gaete para entrar á casa de Arana antes que el jefe de policía, no pudo desgraciadamente conseguirlo; y este último atrave-

só el pátio y llegó al gabinete del Gobernador delegado, mientras el Cura de la Piedad, que te-

nia sus motivos para no querer hablar con Arana delante de Victorica, entró al salon á hacer sus cumplimientos federales á la Señora Doña Pascuala Arana, Señora sencilla y buena, que no entendia una palabra de las cosas públicas y que era federal porque su marido lo era.

—Qué novedades hay, Señor Victorica?—preguntó Arana al jefe de policía despues de haberse ámbos cambiado los cumplimientos de estilo, y de haber hecho señas á Don Cándido para que continuase escribiendo; pues nuestro amigo habia dejado pluma y silla y se deshacia en cortesías á Victorica.

—Ninguna en la ciudad, Señor Don Felipe,—contestó Victorica sacando y armando un cigarrillo de papel, cuidándose poco de los respetos debidos al Excelentísimo Señor Gobernador delegado.

—Y qué le parece á usted Lavalle?

—A mí?

—Pues! ¿Qué le parecé á usted como viene para adelante?

—Lo estraño seria que fuese para atrás, Señor Don Felipe.

—Pero que no vé ese hombre de Dios, que vá á conmovier todo el pais?

—A eso ha venido.

—Pero qué mal le hemos hecho? ¿No ha vivido tranquilo en la Banda Oriental sin que jamás háyamos ido á incomodarlo? ¿Cree usted que una obra como la suya tenga perdon de Dios?

—No sé, Señor Don Felipe; pero en todo caso yo preferiría que no lo tuviese de los hombres, porque Dios está muy lejos, y Lavalle está muy cerca.

—Sí, mas cerca de lo que debiera estar. ¿Conoce usted el diario de las marchas que ha hecho yá?

—No, Señor.

—A ver, Señor Don Cándido, sacó usted copia del diario de marchas?

—Ya está lista, Excelentísimo Señor Gobernador delegado,—contestó el secretario privado haciendo una profunda reverencia.

—Léalo usted.

Don Cándido se echó para atrás en su silla, alzó un papel á la altura de sus ojos, y leyó:

“Marcha del ejército de los traidores inmundos unitarios desde el dia 11 del corriente.

DIA 11.

“Marchó todo el ejército hácia los Arrecifes, y llegamos á la estancia de Dávila á las tres y media de la tarde, donde campamos y carneó el ejército.

DIA 12.

“A las ocho y cuarto de la mañana empezamos á marchar, y campamos á las doce y cuarto de la misma en la estancia de Sosa. A las cuatro de la tarde, hora en que se acabó de carnear y comer, marchamos hasta las ocho de la noche que campamos. Este dia y los anteriores se presentaron cerca de ciento cincuenta personas de aquellos lugares para unirse voluntariamente al ejército.

DIA 13.

“A las nueve y media de la mañana marchamos y campamos en la estancia de Perez Millan, donde carneó el ejército. Este dia se unió Sotelo al ejército con ciento cuarenta vecinos de Arrecifes, que venian á servir en el mismo.

DIA 14.

“A las cinco de la tarde marchamos, y campamos á las siete y media de la noche en otra estacion de Perez Millan.”

—Usted vé ese hombre lo que está haciendo? —dijo Don Felipe, dirijiéndose á Victorica y cruzando sus manos sobre el estómago, como era su costumbre.

—Sí, Señor, veo con placer que no marcha tan recto ni tan pronto como le convendria.

—Pero marcha, y el dia menos pensado se viene hasta la ciudad.

—Y qué hemos de hacer?—contestó Victorica riéndose interiormente del miedo que percibia en Don Felipe.

—Qué hemos de hacer! Hace tres noches que no duermo, señor Victorica, y, en los momentos que consilio el sueño, suspiro mucho, segun me dice Pascualita.

—Estará usted enfermo, Señor Don Felipe.

—De cuerpo, no, gracias á Dios, porque yo hago una vida muy arreglada; pero estoy enfermo del ánimo.

—Ah, del ánimo!

—Pues! Estas cosas no son para mí. Es verdad que yo no he hecho mal á nadie.

—No dicen eso los unitarios.

—Es decir, yo no he mandado fusilar á ninguno. Sé que si son justos me dejarían vivir en paz. Porque yo lo que quiero es vivir cristianamente educando á mis hijos, y acabar la obra sobre la virgen del Rosario que comencé en 1804, y que despues mis ocupaciones no me han dejado concluir. Así es, que si Lavallo es justo, no tendrá por que ensañarse conmigo, y

—Dispense usted, Señor Don Felipe, pero me parece que está usted ofendiendo al Ilustre Restaurador y á todos los defensores de la Federacion.

—Yo?

—Me parece que sí.

—Qué dice usted, Señor Don Bernardo?

—Digo que es ofender al Restaurador y á los federales, el suponer que el cabecilla Lavallo pueda triunfar.

—Y quién dice que no puede triunfar?

—Lo dice Su Excelencia el Restaurador de las Leyes.

—Ah, lo dice!

—Y no me parece que debe desmentirlo el Gobernador delegado.

—Qué desmentirlo, hombre de Dios! Al contrario, si yo se muy bien que Lavalle vá á encontrar su tumba. Era que me ponía en el caso solamente. . . .

—De que triunfase?

—Pues?

—Ah, eso es otra cosa,—dijo Victorica que realmente se estaba divirtiendo, aun cuando su seco y vilioso temperamento no se prestaba fácilmente á esas comedias.

—Eso és, eso és; así es como se entienden los hombres.

—Y si fuera posible que nos entendiéramos tambien sobre algunos asuntos de servicio, habria llenado el objeto de esta visita.

—Hable usted, Señor Don Bernardo.

—El comisario de la tercera seccion está gravemente enfermo, y necesito saber si puede desempeñar interinamente su cargo el comisario de la segunda.

—Qué mas, Señor Victorica?

—La Sociedad Popular despacha patrullas armadas todas las noches, sin conocimiento de la policía.

—Apunte usted todo eso, Señor Don Cándido.

—En el momento, Excelentísimo Señor Gobernador delegado,—contestó el secretario.

—Esas patrullas no toman el santo en la policía, y todas las noches hay conflictos entre ellas y las que salen del departamento.

—Anote usted esa circunstancia, Señor Don Cándido.

—Inmediatamente, Señor Excelentísimo.

—Una de las patrullas de la Sociedad Popular ha arrestado anoche dos vigilantes de policía, porque no llevaban papeletas de Socios Restauradores.

—Que no se olvide esto, Señor Don Cándido.

—De ningún modo, respetable y Excelentísimo Señor.

—Cuatro panaderos se han presentado á mi oficina, anunciando que no podrán continuar la elaboración del pan, si no se les permite reducir su peso por cuanto están pagando sueldos crecidísimos á peones extranjeros, porque los hijos del país han sido llevados de leva.

—Que hagan el pan mas grande, y multa si no trabajan.

—La Señora Doña María Josefa Ezcurra solicita que se haga un nuevo registro en una casa que ya fué visitada en Barracas, y cuya dueña no está allí hace algunos dias.

—Lo pide por orden del Señor Gobernador?

—No, Señor. Por orden suya.

—Déjese, entonces, de hacer registros. ¡Qué gana de indisponerse con todo el mundo! Basta de compromisos, que demasiados tenemos, Señor Don Bernardo. No siendo por orden del Señor Gobernador, no haga usted nada.

—Sin embargo; hay sospechas sobre un pariente de la dueña de esa casa.

—Quién es el pariente?

—Don Daniel Bello.

—Jesus! Qué está usted diciendo?

—Yo las tengo.

—No diga usted disparates. Yo respondo por él como por la virgen del Rosario. No sabe usted, ni Doña María Josefa todo lo que la Federacion debe á ese jóven. Intriga, calumnia. Nada,

nada contra Bello, si no es por órden del Señor Gobernador.

—Yo haré lo que el Señor Arana me ordene, pues que no tengo órdenes especiales de Su Excelencia, pero no perderé de vista á ese mozo.

—Hay mas?

—Nada mas.

—Está usted despachado entonces?

—Aun nó, Señor Don Felipe.

—Y qué mas hay?

—Hay, el que no me ha contestado usted, ni me ha autorizado para lo de las patrullas, ni para contener los avances de la Sociedad Popular que pone presos á los empleados de la policía.

—Consultaré.

—Pero no es usted el Gobernador delegado?

—Lo soy.

—Y entonces?

—No importa, lo consultaré con el Señor Gobernador.

—Pero el Señor Gobernador no está hoy para ocuparse de asuntos de servicio interior.

—No importa; lo consultaré.

—Válgame Dios, Señor Don Felipe! Si usted es

el Gobernador delegado, y no sé que lo que pido esté fuera de sus atribuciones!

—Sí, hombre, sí, soy el Gobernador delegado; pero es por forma ¿entiende usted?

—Creo que entiendo,—contestó Victorica, que bien lo sabia, pero que hubo pensado poder sacar algo que lo garantizase de la Mashorca.

—Por forma,—continuó Don Felipe,—para que los unitarios no digan que marchamos sin las formas, pero nada mas.

—Ya.

—Esto es para entre nosotros ¿eh?

—Sin embargo, el secreto lo saben todos.

—Qué secreto?

—El de la forma.

—Y

—Y se rien malignamente los unitarios.

—Traidores!

—Y dicen que usted es y no es Gobernador delegado.

—Vendidos!

—Y dicen tambien que tiene usted miedo.

—Yo?

—Sí, eso dicen.

—Pero miedo de quién?

—Del Señor Gobernador, si hace usted algo que no le agrada; y de Lavalle, si hace algo del gusto del Señor Gobernador.

—Eso dicen ¿eh?

—Eso.

—Y usted qué hace, Señor jefe de policía?

—Yo?

—Sí, usted.

—Nada.

—Pues mal hecho, porque esos difamadores debían estar en la cárcel.

—Pero no me decia usted hace poco, que hartos compromisos teniamos, para andar persiguiendo á otros?

—Sí, pero no á los que nos difaman.

—No haga usted caso.

—Créame usted que estoy deseando dejar el ministerio, Señor Don Bernardo.

—Se lo creo; y pasar á vivir á su Estancia ¿no es eso?

—Qué Estancia, hombre, si está arruinada!

—Pues no dicen eso los unitarios.

—Qué! hablan hasta de mi Estancia?

—De las Estancias.

—Jesus, Señor! Yo Estancias?

—Y que están muy pobladas; y que todo eso ha sido mal adquirido; y que todas se las han de quitar á usted, por haber sido compradas con fondos del Estado; qué sé yo cuantas cosas dicen?

—Pero es preciso que vayan á la cárcel.

—Quiénes!

—Los que eso dicen.

—Pero si lo dicen en Montevideo, Señor Arana?

—Ah, en Montevideo!

—Pues.

—Traidores!

—Por supuesto.

—Vea usted: hasta un crucifijo de plata que me regaló el Padre guardian de San Francisco despues de la entrada de los ingleses; es decir, despues que se fueron, se lo he tenido que dar al almacenero Rejas, á cuenta del gasto que le hago.

—Ya.

—Esas son mis Estancias ¡traidores!

—De manera que no me autoriza usted para contener los avances de la Sociedad Popular?

—No tengo mi cabeza para esas cosas. Otro día, consultaré.

—Bien; yo le escribiré al Señor Gobernador,—dijo Victorica levantándose, bien decidido á no escribir de eso una palabra á Rosas; queria asustar mas al pobre Don Felipe, de quien acababa de vengarse á su satisfaccion.

—Se vá usted?

—Sí, Señor.

—De modo que ya vá usted autorizado?

—Autorizado! para qué?

—Para lo del pan.

—Ah, no me acordaba!

—Que lo hagan grande.

—Aunque pierdan los panaderos?

—Aunque pierdan.

—Muy bien.

—Y de harina de flor, como lo trabajan las monjas.

—Buenos dias, Señor Don Felipe.

—Dios se los dé buenos, Señor Victorica. Con-súlteme todo cuanto ocurra.

—Oh, no dejaré de hacerlo. Es usted el Gobernador delegado!

—Aunque rábien los unitarios. Lo soy; sí, Señor, lo soy.

—Buenos días.

Y Victorica, salió echando á los diablos al Gobernador delegado.

Entre las muchas preciosidades curiosas que ofrece á la crítica el sistema de Don Juan Manuel Rosas, ó mas bien, su época, es la laboriosa ficcion de todos cuantos representaban un papel en el inmenso escenario de la política. Cada personaje era un actor teatral: rey á los ojos de los espectadores, y pobre diablo ante la realidad de las cosas.

Un ministro de estado, un jefe de oficina, un diputado, un juez, un jeneral en jefe, todo eran, menos ministro de estado, juez, diputado, ó jeneral; pero hacian maravillosamente su papel de tales. Es á decir: hacian su papel para los demás; pero ante ellos mismos no habia uno que no supiese que su corona era de carton dorada, y su cesareo manto, de franela.

Lujosos, porque jamás la plata les faltaba, al golpear la puerta de un magnate de Rosas, ya se tocaba en efecto á la casa de un ministro, de un jeneral, de un alto majistrado &a.

Se llegaba á la presencia del magnate, y ya la cara estaba diciendo á uno con quien hablaba.

Un ministro, un favorecido del héroe debia ser por fuerza un hombre sério, grave, adusto, representante fiel de la mas seria de las causas.

Como todos se vestian de diablo, el color de llamas de que estaban cubiertos, dábales cierto aire mas imponente, que luego, sus términos llenos de medidas y de reticencias acababan por solemnizar.

Mientras se trataba de lugares comunes, todo era flores para ellos. Por aquí ó por allí, la conversacion habia de rodar por fuerza sobre su Excelencia y Manuelita, con quienes indefectiblemente se habia hablado el día antes, ó hacia dos dias cuando mas.

Cada palabra de los lábios federales, era á los ojos del que la vertia, una especie de onza de oro, con el busto del Restaurador, que debia recojérsela y metérsela en el bolsillo el que estaba escuchando sus relaciones con la sacra familia, por lo cual debia estar admirando el poder y la influencia del personaje, ministro, ó juez, ó diputado, &c.

Pero la mano de la Providencia estaba allí cerquita, y en cuanto la conversacion caía sobre al-

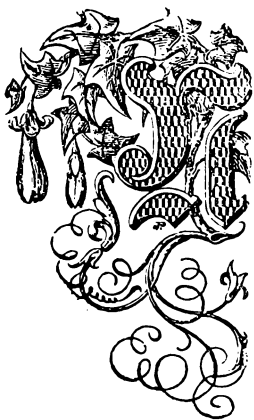
gun asunto especial que debia jirar entre las atribuciones oficiales del personaje, le daba entonces de chicotazos en la conciencia, haciéndole avergonzarse de sí mismo, ó haciéndole comprender que era un pobre guzano que pisaba Rosas ; un pobre cómico que representaba un papel, que no servia sino para hacerle comprender que estaba vestido de jergas oropeladas.

Ninguno de ellos se atrevia á confesar su situacion, á decir que de su rango no conservaban sino el título, y que toda jurisdiccion, toda accion, pertenecia al autor de la comédia que representaba, pero no á la pobre compañía, contratada por veinte años, sin mas regalías que su sueldo, sus vestidos de príncipes y reyes, y un beneficio de vez en cuando, con la obligacion de no enojarse cuando la posteridad los apedrease.



CAPITULO IV.

De como Don Felipe Arana esplicaba los fenómenos del Magnetismo.



O bien atravesó el patio el Señor jefe de policía, cuando el Cura Gaete que lo vió por entre los cristales de la puerta del salon, se despidió de las Señoras y se fué derecho al gabinete del ministro Gobernador, que por un principio de republicanismo recibia á todo el que se entraba hasta él, sin ceremonias ni edecanes.

La cabeza de Medusa, ó la aparicion del alma de su padre, no habrian producido en nuestro Don Cándido Rodriguez la impresion que la cara del Cura Gaete; pues su espíritu, tan abrumado de impresiones desgraciadas despues de algun tiempo, sufrió una revolucion tal, que estuvo el hombre por dar vuelta la silla y ponerse de espalda al Gobernador y al Cura de la Piedad.

Pero entre el caos de ideas que surjió en su cabeza, de aquella malhadada aparicion, adoptó por fin la de bajar la frente hasta tocar con el papel, y escribir con una rapidéz asombrosa; aunque, en obsequio de la verdades necesario decir que no escribia, sino que rasgeaba sobre el papel.

Don Felipe Arana era amigo de todos los hombres de Iglesia; pero con el Cura Gaete ecsistia en Don Felipe otro vínculo no menos atrayente, ó quizá mas atrayente que el de la amistad y todos cuantos ligan los corazones humanos, por cuanto ese vínculo era el miedo; un miedo abrumador que sentia, tanto por la lengua difamadora de Gaete, cuanto por sus íntimas relaciones con la Mas-horca.

Así fué que al verlo entrar salió á su encuentro

con las dos manos estiradas, cual si fuese á tropezar con él, mas bien que á saludarle. Pues que por un resultado necesario del sistema de Rosas, sus mejores servidores estuvieron siempre temblando recíprocamente unos de otros; y todos juntos, del mismo hombre á quien servian y sostenian.

—Qué milagro, Padre, qué milagro!—esclamó Don Felipe sentándose á su lado; pero desgraciadamente el Cura Gaete vino á quedar frente á frente con Don Cándido.

—Vengo á dos cosas.

—Hable, Padre. Sabe que yo soy uno de sus mas antiguos amigos.

—Eso lo hemos de ver hoy.

—Hable, hable no mas.

—La primera cosa á que vengo, es á felicitarlo.

—Gracias, muchas gracias. Qué quiere usted, todos debemos prestarnos á lo que manda el Señor Gobernador!

—Cabal. Al fin, nosotros nos quedamos aquí mientras él vá á darles de firme á esos traidores.

—Y la segunda cosa, Padre?

—La segunda es una órden que quiero me dé

usted para que prendan á unos impíos unitarios que me han ofendido.

—Hola!

—Y á toda la Federacion.

—Sí?

—Y hasta el mismo Restaurador.

—Tambien?

—A todos.

—Que insolencia!

—He estado mas de diez veces á ver al Gobernador antes de irse, pero no he podido hablarle.

—Ha estado tan ocupado estos últimos dias!

—Pero Victorica no está ocupado, y sin embargo, no ha querido prender á los que le he dicho, porque dice que no tiene órdenes.

—Pero si es caso extraordinario, debe hacerlo.

—No lo hace porque nunca ha querido hacer nada de lo que yo, ó los demas sócios, le decimos.

—Sus deberes quizá....

—No, Señor, qué deberes, ni qué deberes! No lo hace porque no es tan federal como nosotros.

—Vaya hombre, vaya, calma.

—No quiero calma, no, Señor. Y si usted no

me dá la órden, yo no respondo de lo que pueda suceder.

Pero qué es lo que hay?—preguntó Don Felipe que maldecia el momento en que le habia entrado tal visita.

—Qué es lo que hay?

—Sí, vamos á ver, que si es cosa que merece la pena. . . .

—Ya verá usted si merece. Oigame usted, Señor Don Felipe.

—Diga usted, pero con calma.

—Oiga usted: tengo por el barrio de la Residencia unas antiguas amigas mias que me cuidan la ropa. Fuí una noche á verlas, hará como dos meses; levanté el picaporte; entré y volví á cerrar la puerta. El zaguan estaba oscuro, y. . . .

Y el Cura Gaete se levantó, entrecerró la puerta del gabinete que daba al zaguan, y dirijiéndose á Don Cándido, le dijo:

—Venga, paisano; póngase aquí,—señalando un lugar cerca de la puerta.

Don Cándido temblaba de pies á cabeza, la palabra se le habia atragantado, y perdida la elasti-

cidad de los músculos de su cuello, no volvía la cabeza á ningun lado.

—Eh! con usted hablo—continuó Gaete,—ven- ga, hágame el favor de pararse aquí, que no es un perro el que se lo pide.

—Vaya usted, Don Cándido, vaya usted,—dijo Arana.

Don Cándido se levantó y marchó, duro y de- recho, hasta el lugar que indicaba Gaete, ni mas ni menos que como el *Convidado de Piedra*.

—Bueno, ahí,—dijo Gaete.—Yo entré, pues, al zaguan que estaba oscuro, y ¡ tras! tropecé con un hombre.

Y Gaete caminó hácia Don Cándido y se dió contra él.

—En el momento saqué mi puñal; este puñal federal, Señor Arana,—dijo Gaete sacando un gran cuchillo de su cintura,—que me ha dado la patria como á todos sus hijos para defender su santa causa. Quién está ahí; pregunté? y ya le puse la punta del puñal sobre el pecho.

Y Gaete la puso en efecto sobre el pecho de Don Cándido.

Me respondió que era un amigo; pero yo que

no entiendo de amigos en zaguanes á oscuras, me le fuí encima y lo cacé del pescuezo.

Y Gaete se prendió de la corbata de Don Cándido con su mano izquierda.

Don Cándido fué á hablar, pero se contuvo; pues, todo lo que mas le importaba era no hablar; y tuvo que resignarse á sufrir en silencio la pantomima de Gaete, jurando en su interior, que ese seria el último dia de su residencia en Buenos Aires, si tenia la dicha de que no fuese el último de su ecsistencia en el mundo.

Gaete continuó:

—Pero á tiempo que le iba á encajar, se me cayó el cuchillo. Fuí á alzarlo, y á tiempo que me agachaba, otro hombre se echa sobre mí y me pone una pistola en la sien; y allí desarmado yo, y con la muerte en la cabeza, se pone á insultarme, y á insultar al Restaurador y á la federacion. Y despues de decir cuanto se le vino á la boca, me metieron á la sala entre los dos hombres, me encerraron, porque casualmente las mujeres habian salido, y despues se mandaron mudar.

—Oh, es una insolencia inaudita!—esclamó Don Felipe.

—No se lo decia, pues?

—Y quiénes eran?

—Ahí está la cosa. No pude saber nada, porque se habian entrado con llave falsa á esperarme, cuando vieron que las Señoras habian salido, pero despues he dado con uno; lo he conocido por la voz.

—Ha oido usted una cosa mas orijinal, Señor Don Cándido?

Don Cándido hizo una mueca como diciendo: ¡Asombrosa!

—Pero qué tiene usted, hombre? Está usted como un muerto.

Don Cándido llevó la mano á la cabeza y se golpeó la frente.

—Ah, le duele á usted la cabeza?

Don Cándido contestó afirmativamente.

—Bien, apunte usted la queja del Señor Cura Gaete, y retírese entonces.

Don Cándido volvió á la mesa y se puso á escribir.

Gaete prosiguió:

—Este suceso casi me costó la vida, porque me levantaba de dormir la siesta despues de haber es-

tado de comida con cuatro amigos, y esa noche casi tuve una apoplejia.

—Oh, si ha sido una cosa terrible!

—Pero ya he conocido á uno como he dicho á usted, y si nadie me hace justicia, aquí está quien me la ha de hacer,—dijo Gaete señalando el lugar de la ciutura en que acababa de gurdar su cuchillo, bajo un enorme chaleco colorado.

—Y quién és?

—No, Señor. Déseme la órden de prision con el nombre en blanco, que yo lo pondré.

—Pero hombre!

—Eso es lo que yo quiero.

—Acabó usted, Señor Don Cándido?—dijo Don Felipe que no sabia por donde salir de aquel laberinto.

Don Cándido contestó afirmativamente.

—A ver, léaselo usted al Señor Cura Gaete.

Don Cándido hesitaba.

—Lea usted, hombre de Dios, lea usted lo que ha escrito.

Don Cándido elevó su pensamiento á Dios, tomó el papel y leyó:

—“Queja elevada al Excelentísimo Señor Go-

bernador delegado por el muy digno y respetable, esclarecido patriota federal, Reverendo.....

—Ché,—esclamó Gaete, abriendo tamaños ojos y estendiendo el brazo hácia Don Cándido.

—Qué hay?—preguntó Arana.

—Este es el otro.

—Quién?

—Este, este. Este es el otro del zaguan.

—Está usted en su juicio!—esclamó Arana.

—Ya están los dos,—dijo Gaete frotándose las manos.

—Pero hombre!

—Sí, Señor Don Felipe. Este, este es el otro.

—Yo? Yo querer asesinar al muy digno y respetable Cura de la Piedad?—esclamó Don Cándido revistiéndose de una entereza que él habria llamado asombrosa, descomunal, inaudita.

—Toma! Hable otro poquito.

—Está usted en error, mi apreciable y estimado Señor. El acaloramiento, la irritacion.....

—Cómo se llama usted?

—Cándido Rodriguez para servir á usted y á toda su respetable familia.

—Familia? El mismo! Ya están los dos.

—Señor Cura Gaete, siéntese usted,—dijo Don Felipe.—Aquí debe haber alguna cosa extraordinaria.

—Claro está, Excelentísimo Señor,—dijo Don Cándido, cobrando ánimo,—yo estoy por creer que este respetable Cura ha tenido algún sueño sujerido por el enemigo malo.

—Yo le he de dar sueño!

—Despacio, Señor Gaete. Este Señor es un hombre anciano, de cuya probidad y juicio tengo repetidísimas pruebas.

—Sí, está bueno.

—Oiga usted: la palabra sueño que acaba de pronunciar mi secretario, me inspira una luminosa idea.

—No entiendo de ideas, Señor Don Felipe. Este es uno, y el otro es quien yo sé.

—Oiga usted, hombre, oiga usted.

—Vamos á ver, oigo.

—Usted comió con unos amigos ese dia?

—Sí, Señor, comí.

—Durmió usted la siesta?

—Dormí la siesta.

—Entonces no seria nada de extraño que todo

cuanto usted refiere haya sido una escena de sonambulismo.

—Y qué diablos es eso?

—Yo se lo explicaré á usted: el sonambulismo es una cosa descubierta modernamente, no recuerdo por quien. Pero se ha probado que hay muchas personas que conversan dormidas, que se levantan, se visten, montan á caballo, pasean, y todo esto, dormidas; que sostienen conversaciones, que vén y hablan con personas que no están delante, y hasta hay algunos que se han batido y dado contra las paredes, creyendo que brigaban con sus enemigos; y á todo esto se le dá el nombre de sonambulismo, ó magnetismo.

—Dice muy bien el Excelentísimo Señor Gobernador. Y es en Alemania donde se trabaja con mas perseverancia por descubrir esos fenómenos íntimos, secretos, misteriosos del espíritu humano. Y es en las dignas personas como la del respetable Señor Cura Gaete, de temperamento nervioso, ardiente, impresionable, en quienes se obran con mas frecuencia esos portentosos prodios de la naturaleza. De lo cual la ilustracion del Excelentísimo Señor Gobernador, deduce con

mucha propiedad, que el estimable Señor Cura Gaete ha pasado por algun momento de sonambulismo.

—Usted se quiere jugar conmigo?

—Yo, mi respetable Señor?

—Señor Don Felipe, usted no es el Gobernador delegado?

—Sí, hombre, sí, pero para este caso

—Para este caso usted me hará justicia, y si no hace prender á ese hombre y á quien yo sé, yo me voy mañana á Santos Lugares á poner la queja al Restaurador.

—Haga usted lo que quiera, pero yo no puedo hacer prender á nadie sin orden de Su Excelencia.

—Ni á este hombre tampoco?

—Menos. Déme usted pruebas, Señor Gaete, pruebas.

—Pero si es el mismo.

—Lo vió usted?

—No, pero lo oí.

—Sueño, sonambulismo, mi querido Señor,—dijo Don Cándido.

—Yo lo he de hacer dormir á usted, pero por toda la vida.

—Pero, Señor Gaete, un Sacerdote!—dijo Arana,—un hombre de las condiciones de usted, hacer así acusaciones sin pruebas; querer así distraer la atención del gobierno en momentos en que todos estamos ocupadísimos con la invasión del cabecilla Lavalle?

—Sí? Pues yo también estoy ocupadísimo con la invasión que me hizo este hombre y su compañero.

—No ha sido este hombre, no puede ser, no fué.

—Él fué, Señor ministro Arana.

—No fuí yo, Señor Cura de la Piedad,—dijo Don Cándido alzando la voz por primera vez, al verse bajo la poderosa protección del Gobernador delegado.

—Usted fué, en su cara se lo digo.

—No.

—Usted.

—Repito que no; y protesto una y tres veces contra la ofensa que me hace el Poder Eclesiástico, gratuita, humillante y calumniosa.

—Despacio, paz, paz,—dijo Don Felipe.

—En la calle le he de decir yo que me alce la

voz,—continuó Gaete, echando una mirada aterradora á Don Cándido.

--No acepto ese desafío, pero nos mediremos cuerpo á cuerpo en el campo de los tribunales.

—Paz, por amor de Dios, paz!—esclamaba Don Felipe.

—Señor ministro, yo me voy, y he de ver al Señor Gobernador.

--Haga usted lo que quiera.

—Hasta mas ver, Señor mio,—dijo Gaete mirando á Don Cándido y dando la mano á Don Felipe.

—Vaya usted, hombre sonámbulo.

—Sondiable lo he de hacer yo á usted.

—Vaya usted, visionario.

—A que....

—Vamos, retírese, Padre, retírese.

Y empujando suavemente á Gaete lo sacó Don Felipe fuera del gabinete, mientras Don Cándido no cabia dentro su leviton blanco, despues del heroismo con que acababa de portarse.

—Doy á Vuecelencia las mas rendidas gracias, Excelentísimo Señor, por la noble y justísima defensa con que ha honrado la causa del mas leal y sumiso de sus servidores.

Ese hombre es un energúmeno, Excelentísimo Señor,—dijo Don Cándido al ver entrar á Don Felipe.

—Qué! ¿Sabe usted lo que hay en plata, Don Cándido?

—El talento innato, profundo y cultivado de Vuecelencia me ilustrará.

—Lo que hay en plata es, que este Cura Gacte, que no es tan metódico como debiera serlo, tomó demasiado vino con los amigos á que se ha referido, y despues tuvo alguna pelotera por ahí; no se acuerda con quién se peleó, y se le ha puesto que es usted.

—Oh, cómo admiro y venero el talento de Vuecelencia que encuentra siempre y con tanta facilidad las causas ocultas de los fenómenos visibles.

—El hábito, mi amigo, el hábito de tratar con tanta jente.

—No; el talento, el jénio.

—Algo puede haber de eso, pero no tanto como me atribuyen,—dijo Don Felipe bajando humildemente los ojos.

—Justicia al mérito!

—Ademas, estamos en una época de tolerancia y de olvido con los errores pasados, y yo quiero que mi gobierno delegado sea inspirado por una política de fina benevolencia para con todos. Mañana pueden quizá cambiar los acontecimientos, y yo quiero que se recuerde con placer el programa de mi pasajero gobierno.

—Sublime programa!

—Cristiano, que es lo que yo quiero que sea. Pero ahora es preciso que se vaya usted á ver las monjitas y haga lo que le encargué.

—Ahora mismo?

—Sí, no se debe perder tiempo.

—Y no cree Vuecelencia que ese Cura desnaturalizado me está esperando en la boca-calle?

—No lo creo porque sería un grande desacato. Pero en todo caso tome usted sus precauciones.

—Oh, las tomaré. Mis ojos se multiplicarán, no tenga cuidado Vuecelencia.

—No quiero que haya sangre.

—Sangre! Yo le juro á Vuecelencia que haré todo cuanto de mí dependa para que no corra una gota.

—Bien, eso es lo que yo quiero. Váyase usted á ver las monjas, y vuelva á la noche.

—A la noche?

—Sí.

—Es la hora del crimen, Excelentísimo Señor.

—No, no ha de haber nada, vaya no mas, que me voy á recostar un rato, antes que Pascualita haga poner la comida.

FIN DEL TOMO QUINTO.



ÍNDICE

DEL

TOMO QUINTO.



CAPÍTULO XII.	De como se léen cosas que no están escritas.....	PAG. 5
“	XIII. Como sacamos en limpio que Don Cándido Rodriguez se parecia á Don Juan Manuel Rosas....	27
“	XIV. Los dos amigos.....	41
“	XV. Amalia en presencia de la policia.....	55
“	XVI. Todos comprometidos....	73

PARTE CUARTA.

CAPÍTULO	I. El 16 de Agosto.....	89
“	II. El Gobernador delegado.	121
“	III. De como era y no era Go- bernador delegado Don Felipe	147
“	IV. De como Don Felipe Ara- na esplicaba los fenóme- nos del Magnetismo....	165



AMALIA.

